CÁRLOS COELLO

EL PRÍNCIPE HÁMLET

DRAMA TRÁGICO-FANTÁSTICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

INSPIRADO POR EL

HAMLET DE SHAKESPEARE

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1877

Al Sr. D. José Gómez de Arteche, a quien
tanto respeta y quiere su affmo. amigo

Carlos Coello

EL PRÍNCIPE HÁMLET.

EL PRÍNCIPE HÁMLET

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

INSPIRADO POR EL

HAMLET DE SHAKESPEARE

y escrito expresamente para el primer actor

DON ANTONIO VICO

POR

DON CÁRLOS COELLO

Teatro Español. — 22 de Noviembre de 1872

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1876

Á LOS SEÑORES

DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA

Y

DON MANUEL CAÑETE.

Despues de colocar aquí los nombres de ustedes, experimenta mi alma la noble tranquilidad del que cumple con su deber, y la inefable satisfaccion del que realiza el más legítimo de sus deseos.

Cárlos Coello.

PRÓLOGO.

La presente obra no es, como de buena fé han creido algunos, una traduccion, ni siquiera un arreglo del *Hamlet* de Shakespeare: ambas cosas, y sobre todo la segunda, parécenle al autor punto ménos que imposibles; y por más que la suposicion de haberlas él llevado á cabo le honre muchísimo, no es justa, y su conciencia le manda imperiosamente rechazarla.

El príncipe Hámlet es un drama inspirado por el que escribió el Calderon inglés; y quien se páre á meditar un poco en lo que la palabra *inspirado* quiere decir, comprenderá sin esfuerzo que este drama es diferente del primitivo, aunque al primitivo deba su existencia, de igual modo que un hijo la debe á su padre, asemejándose á él en los rasgos fisonómicos, pero con vida propia y personalidad distinta.

Opinaba el autor del drama español cuando emprendió su penosa tarea (y hasta ahora no ha tenido motivo para variar de opinion), que era dueño el poeta dramático de tomar un pensamiento ajeno allí donde lo encontrara á su gusto, y de aprovecharse de él como mejor le pareciera, siempre que á este hecho lícito acompañase su declaracion franca y

leal; y, admirador entusiasta del vate de Stratford, se propuso seguir de léjos sus luminosas huellas, como el soldado sigue las de su jefe; para tomar parte en el glorioso combate, y morir despues oscuro y desconocido.

Hacer otra cosa, lanzarse á enmendar y corregir un poema de tal valía, propósito es de que no puede suponerse capaz al loco más rematado ni al majadero más inverosímil.— Digno de execracion eterna, y áun de severísimas penas corporales, sería el osado pintor que variase con su pincel las sublimes líneas de la Concepcion de Murillo; pero quien trate de pintar Concepciones, ¿incurrirá en falta al recordar el divino lienzo del inmortal sevillano? ¿y podrá dejar de recordarlo aunque se lo proponga? ¿y merecerá por ello censura?

Enamorado yo del asunto del *Hamlet*, que Shakespeare tomó, segun unos, de las antiguas fábulas dinamarquesas trasformadas en historias trágicas por Belleforest; segun otros, de una tragedia compuesta anteriormente por Thomas Kyd, y que lleva el mismo título, me resolví (no sé si mal aconsejado) á escribir un drama sujeto á las necesidades de la escena española y á las condiciones especiales de nuestro público. Shakespeare, con su poderoso talento, ha dado vida para siempre á unos personajes que probablemente no la tuvieron jamás; y hoy dia las figuras de Hámlet y Ofelia viven en el mundo literario como las de Pelayo ó Isabel la Católica en el mundo histórico.— En aquel mundo las he visto y estudiado yo; allí las he recogido; y al tratar de presentarlas en mi drama (que creeria calificar propiamente llamándole histórico-literario, si de esto último tuviese un poco siquiera), no he sabido renunciar á poner en sus labios algunas de las frases que *realmente* pronunciaron, para dar

á mi humilde trabajo el sabor de la verdad y el encanto de la belleza; sabor y encanto que únicamente siendo postizos podrian encontrarse en él.

Entrar aquí en un exámen minucioso y razonado de mi obra, de las consideraciones que he tenido presentes para imitar tal ó cual pasaje, para sustituir ú omitir ésta ó la otra situacion, acaso sería oportuno; pero no lo juzgo absolutamente necesario. Si mis frecuentes, casi contínuas infidelidades á la obra que me ha servido de modelo, me acusan por sí mismas, ¿cómo voy á conseguir defenderme? — En el caso contrario, ellas bastarian y sobrarian para mi defensa. — Además, eso pareceria tal vez, aunque no lo fuera, un conato de rebelion contra la crítica, amable, indulgente, parcial conmigo, en el mero hecho de haber fijado su atencion en mí; y quien la debe gratitud, no es capaz de negarle consideracion y respeto.

Sobre lo que en las páginas siguientes hay mio y ajeno, mucho pudiera decirse. El autor no quiere, sin embargo, quitar al lector curioso que guste de emprender el cotejo, la sorpresa de advertir que no hay en ellas una sola escena *traducida;* que es completamente nueva toda la marcha de la accion; nuevo gran número de situaciones y no pequeño de caractéres, y nuevo, en fin, el diálogo en su parte más considerable. — Y no quiere quitarle esa sorpresa por dos razones: la primera, criminalmente egoista; la segunda, altamente generosa. Á saber: que sigan creyéndose de Shakespeare el mayor tiempo posible, y entre la mayor cantidad posible de personas, pobres creaciones mias, que, como el vidrio, únicamente han de brillar miéntras el sol se refleje en ellas; y que se vulgarice el conocimiento de una de las obras más notables que ha producido el ingenio humano,

poco conocida en España, fuera del cortisimo número de individuos que aquí se dedica con aficion y gravedad á los estudios literarios.

Satisfecha esta necesidad enojosa, tócame ahora cumplir una obligacion agradable, dejada de propósito para lo último, porque para lo último se deja siempre lo mejor: declarar y consignar mi profundo agradecimiento á los que me han ayudado á salir, con honor, al ménos, de tan arriesgada empresa; agradecimiento que, si quedara tan bien impreso en ellas como lo está en mi alma, sería suficiente á hacer inmortales unas páginas condenadas á perecer.

Debo gratitud, en primer lugar, á los señores D. Aureliano Fernández-Guerra y D. Manuel Cañete, cuyos nombres son para mí sinónimos de generosidad y nobleza, cual lo son para todos de claro entendimiento y de instruccion vastísima.— Sin el decidido apoyo que ambos me prestaron desde que conocieron mi obra, nada habria logrado jamás quien, al confesarse reconocido, pasa por la amargura de comprender que nunca podrá pagar su deuda.

Debo gratitud tambien á los actores que han desempeñado el drama: su inteligencia y su interés tienen muy gran parte en el favorable éxito obtenido, y el autor se complace en reconocerlo así, sintiendo repetir una frase rutinaria y no emplear el primero un concepto que la conviccion hace brotar espontáneamente de su pluma.—La eminente Teodora Lamadrid, gloria de la escena española, grande en talento y grande en carácter (grandeza ménos comun que aquella, que nada tiene de comun), no ha puesto reparo en aceptar un papel inferior á su importancia artística, sin duda porque la conciencia que cada cual tiene de su propio valer, le decia que en estos casos la importancia la

da siempre quien la posee, y únicamente la recibe quien la necesita.—Elisa Boldun, en la interpretacion del dificilísimo tipo de Ofelia, ha probado que lo que se ve con los ojos del alma puede verse tambien con los del rostro; especie de milagro que no ha sorprendido á ninguno de los que la conocíamos, porque siempre hemos considerado su mérito como artículo de fé.—Antonio Vico, para quien escribí esta obra, cuando, ya hace muy cerca de dos años, se presentaba por primera vez al público madrileño, ha afirmado y confirmado en ella su reputacion envidiable. Los Sres. Pizarroso, Buron, Zamora y Parreño han sido los actores de siempre; elogio despues del cual no cabe ninguno libre del riesgo de parecer menor.

(Noviembre de 1872.)

Pocas, muy pocas palabras necesita añadir el autor á las escritas en esa fecha. Agotada la primera edicion de *El Príncipe Hámlet*, y al ofrecer al público la segunda, ha juzgado conveniente hacer en su drama algunas ligeras alteraciones. El Sr. D. Eugenio de Ochoa, decia no encontrar bien que los poetas se tiñesen las canas (canas llamaba aquel distinguido literato á las incorrecciones de una obra que con el tiempo suele percibir en ellas hasta el ciego cariño paternal); pero obras tan canosas como ésta, no pueden ménos de peinarse un poco, ya que se renuncie á la teñidura.

Y hé ahí lo que me he limitado á hacer: corregir varios conceptos insoportablemente expresados, y dejar en su primitiva forma los que podian perder un ápice en espontaneidad al ser variados por la mano del autor, rara vez oportuna para reformar sus escritos. Además, he alargado la escena IV

del primer acto entre Ofelia y Hámlet, que algunos encontraron demasiado breve y precipitada, y variado el final, evitando que Fengo muera á la vista del espectador y haciendo intervenir á la Reina en el solemne momento de la muerte de su hijo.

Acepten el público y la crítica estos buenos deseos como sincero tributo de gratitud á su interés y á su benevolencia.

C. C.

(Marzo de 1877.)

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES.
GUNHILDA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
OFELIA.	» ELISA BOLDUN.
HÁMLET.	DON ANTONIO VICO.
HORACIO	» ANTONIO ZAMORA.
FENGO.	» LEOPOLDO BURON.
POLONIO	» JULIO PARREÑO.
LA SOMBRA DE HORVENDILO. . . .	» ANTONIO PIZARROSO.

Guardias del Rey. — Damas. — Cortesanos. — Capitanes. — Soldados. — Parientes y amigos de Polonio. — Pajes. — Criados y Pueblo.

La accion se supone en Elsingor, antigua capital de Dinamarca. — Siglo VIII de la Era Cristiana.

Pronúnciese el nombre de *Hámlet* aspirando muy suavemente la *h*.

Por *izquierda* y *derecha*, entiéndase siempre la del actor.

Los versos comprendidos entre dos paréntesis cuadrados deben suprimirse en la representacion.

ACTO PRIMERO.

Vestíbulo del real palacio de Elsingor.—Jardines en la parte izquierda del fondo, separados de aquél con una galería de dos arcos sostenidos por gruesas columnas.—Á la derecha otro arco igual, continuacion de los anteriores, desde el cual la galería forma escuadra y se prolonga hácia el foro: allí hay una puerta.—Á la derecha, segundo término, la entrada al palacio, y delante de ella, componiendo el pórtico, un arco que arranca de la columna del ángulo de la galería y se sostiene despues en otra que ha de ser corpórea, pero que hace juego con todas las demás.—Un banco de piedra á la izquierda.—Por los arcos del fondo penetran en el vestíbulo algunas ramas y flores.—Al alzarse el telon comienza á declinar la tarde.

ESCENA PRIMERA.

POLONIO, en el umbral de la puerta de la derecha, y OFELIA, que entra por el jardin.

POLON. (Ella es.)
OFELIA. Aún no ha venido...
¿Vendrá?—¡Vaya si vendrá!
—¡Qué flor tan linda! (Cortando una.)
¡Eh! ya está
mi regalo prevenido.
¿Dónde te coloco? Aquí; (Prendiéndose la flor en el pecho.)
en mi corazon primero,
luégo en el suyo: no quiero
que te separes de mí.
(Avanzando hácia el centro de la escena: Polonio le sale al encuentro.)
POLON. Ofelia.
OFELIA. ¡Quién?...—Padre mio... (En la mayor turbacion.)

POLON. ¿Qué haces ahí?
OFELIA. (Como buscando una disculpa.) ¿Yo?... Nó... ¡Nada!...
— Contemplar embelesada
del jardin en el estío
la hermosa fecundidad
con que se me alegra el pecho.
POLON. (Cogiéndola de las manos y atrayéndosela afectuosamente.)
¿Qué mal tu padre te ha hecho
que le niegas la verdad?
Ni hay razon de que rehuyas
que en mí tus secretos queden,
ni á mí ocultárseme pueden
jamás inquietudes tuyas. (Ofelia baja los ojos.)
Sé que el príncipe heredero
del trono, sin resistencia
para vencer la influencia
de un capricho pasajero,
impulsa tu corazon,
en mengua de tu recato,
hácia un amor insensato;
y ántes que una oposicion
tardía llegue á servir
de incentivo al amor ese,
voy á procurar que cese
lo que no debe seguir.
El difunto rey, dispuesto
siempre á honrar y enaltecer
mi lealtad, su canciller
me nombró. Fengo en mi puesto
me ha conservado, y no es justo
olvidar que esto me veda
consentir nada que pueda
ir en contra de su gusto.
No es eso sólo: tu bien,
pensamiento que dirige
todos mis actos, exige

que me obedezcas tambien.
Aparte de que el que estás
creyendo tú amor violento,
es antojo de un momento,
y nada más...

OFELIA. (Alzando los ojos é interrumpiéndole.) ¿Nada más?

POLON. ...Al príncipe Hámlet marca (Continuando la frase.)
para esposa la fortuna,
mujer que por su alta cuna
reinar pueda en Dinamarca;
y un amor que no te haria
su esposa, que muera es ley,
porque él ha nacido rey... (Con sumision.)
y tú has nacido hija mia. (Con orgullo.)
¿No es esto cierto?

OFELIA. Sí á fé,
y harto convencida quedo...
Mataré el amor si puedo...
pero no sé si podré.
Lo débil que con él fuí
siempre, acrecerá su brío,
y es más fácil, padre mio,
que el amor me mate á mí.
Del príncipe la querida
imágen tiene aquí el centro,
(Llevándose la mano al corazon.)
y está tan dentro... tan dentro...
que no hallará la salida. (Pausa.)
—Cuando Horvendilo, despues
de arrebatar la victoria
al Noruego, era la gloria
del pueblo dinamarqués,
Hámlet, la prenda mejor
de su grandeza futura,
ambicionó más ventura
y la buscó en el amor.

Al contemplarse gozoso
dueño de la dicha entera
(sin duda para que fuera
el golpe más doloroso),
bajó á la tumba su padre;
y, poco tiempo pasado,
vió á su tio, rey alzado,
desposarse con su madre.
Esta doble adversidad
abrió una profunda herida
en aquel alma, nacida
para la felicidad.
Su pena y su desaliento
no encontraron lenitivo:
su carácter espansivo
hízose amargo y violento;
disipóse su alegría
como liviano perfume,
y su vida se consume
en honda melancolía.
Ya no es el mancebo aquel
que los ojos arrastraba
de quien regir le miraba
su mal domado corcel;
el justador y el guerrero
rival de mi hermano Horacio,
en las fiestas de palacio
el más galan caballero.
Mientras Elsingor se entrega
orgulloso al regocijo,
aclamando á vuestro hijo
por sus triunfos en Noruega,
él, siempre vestido el luto,
emblema de un dolor cierto,
dá en llanto á su padre muerto
de su cariño el tributo.

¿Pensais con calma completa,
qué será de él si rechazo
su amor, el único lazo
que á la vida le sujeta?
Ofelia, ¿á dejarle vas
ahora que sufre y que llora?
¡Ay, padre mio, si ahora
es cuando le quiero más!
(Llorando y abrazándose al cuello de su padre.)

POLON. (Procurando vencer la emocion que le producen las palabras de su hija.)
Si él te quiere, no es razon
que á ver su pasion esperes
más crecida; y, si le quieres,
debes ahogar tu pasion
para que un fatal poder
en su destino no ejerza.

OFELIA. Eso... eso me dará fuerza,
señor, para obedecer!
(Polonio besa á su hija en la frente: ambos se retiran despues de un momento á un lado de la escena viendo salir á Hámlet.)

ESCENA II.

DICHOS y HÁMLET, que entra por el jardin leyendo un libro. Viste de luto.

HÁMLET. «Su propio hermano le escanció la copa
envenenada, y arrancó la vida
y la corona al rey...» Esta lectura,
de angustia y de terror mis nervios crispa...
Y no puedo dejarla... Un sentimiento
incomprensible, pertinaz me obliga
á devorar sus páginas... Ha habido

desventuras mayores que las mias...
Yo... ni lo sospechaba.
(Reparando en Polonio y Ofelia.)
¡Ah! sois vosotros...

POLON. ¡Señor!...
(Inclinándose respetuosamente: Ofelia baja los ojos y permanece inmóvil.)

HÁMLET. Llámame amigo; tú y tu hija
y el valeroso Horacio, no medísteis
nunca vuestro cariño con mi dicha
para ajustarlo á ella. Eso es muy raro
en estos tiempos, y merece estima...
Además, la expresion de tu semblante
bondadoso... esas canas en que brillan
la virtud y el saber, me representan
la noble imágen de mi padre, y...
(Esforzándose por contener el llanto que se le agolpa á los ojos a este recuerdo.)
Mira...
Dime... ¿Sabes de Horacio?... ¿Cuándo vuelve
á Elsingor?

POLON. Ya la guerra concluida
y firmada la paz, debe ser pronto.

HÁMLET. Pronto... Sí... Te agradezco esa noticia,
Polonio... ¡Cuánto me holgaré de verle!
Yo le quiero... Mi padre le queria
mucho tambien... (Volviendo á entristecerse.)

POLON. Señor, luchad al ménos
con la tristeza eterna que os domina.
Aunque pagar de un padre á la memoria
esa fúnebre deuda es de justicia,
pensad que vuestro padre perdió el suyo,
y éste el suyo á su vez. Quien no limita
sus lágrimas á un plazo, dá con ellas
muestra, más que de duelo, de una impía
obstinacion contra el poder divino.

¿A qué querer que el corazon resista
lo que es inevitable, lo que vemos
repetirse igualmente cada dia?
Príncipe, ved que cometeis un crímen
contra vuestra razon, contra la misma
naturaleza, que en la ajena muerte
á pensar en la propia nos excita.

HÁMLET. Esa, no me da miedo.

POLON. Un desaliento
tan grande, cuerpo y alma os aniquila.
Procurad divertiros: tomad parte,
aunque al pronto os repugne, en las distintas
fiestas con que de Irlanda al enviado
dá la corte afectuosa despedida.

HÁMLET. ¡Ah! sí... El que vino á presenciar...

POLON. Las honras
que al rey difunto en la ciudad se hacian.

HÁMLET. Yo pensé que las bodas de mi madre.
¿Nó? ¿No fué así?... Disculpa mi malicia...
Como se celebraron casi á un tiempo!

POLON. ¡Señor!

HÁMLET. ¿Qué vas á hablar? ¡Nada me digas!
¡Nada! Nada!! Aún calientes los manjares
presentados del duelo en la comida,
en el festin nupcial fueron servidos!...
(Transicion: con sarcasmo.)
—¡Economía, Ofelia, economía!
(Suena dentro una marcha militar.)

POLON. Los reyes.

ESCENA III.

DICHOS, GUNHILDA, FENGO y HORACIO, éste en traje guerrero, precedidos de DAMAS y CORTESANOS, CAPITANES, etc.

POLON. (Al ver á Horacio, corriendo á él sin poder contenerse y abrazándole: despues saluda á los reyes.)
¡Horacio!
HORAC. ¡Padre!
(A Ofelia.) ¡Hermana mia! (A Hámlet.) Señor,
dadme la mano... (Yendo á besársela.)
HÁMLET. Los brazos,
si indignos de tí no son.
POLON. (Que durante toda la escena no deja de contemplar á su hijo con satisfaccion y vanidad.)
¿Cuándo has llegado?
HORAC. Hace pocos
instantes que fondeó
en el puerto nuestra armada.
FENGO. Y haber sido en ocasion
de estar cerca de aquel sitio
la reina mi esposa y yo,
de traerle en nuestra compaña
nos proporciona el honor.
HORAC. Me humillais...
FENGO. Cuando de tí
y tus hechos hablo en pró,
no soy yo quien habla: habla
Dinamarca con mi voz.
Si hoy la paz pactada, deja
esperar á esta nacion
dias felices, ¿á qué
se debe sino al valor

heróico y á la pericia
del guerrero que llevó
siempre la victoria atada
á su glorioso pendon?
En albricias de este grato
suceso, quiero que hoy
el placer y la alegría
reinen por mí en Elsingor.
Las flores que á sus jardines
dió la estival estacion,
serán alfombra del bravo
ejército vencedor.
El comerciante su tienda
le abrirá, y á su eleccion
abandonará los frutos
que la guerra amenazó
y á que una paz firme y próspera
va á duplicar el valor.
Tributarále el mancebo
envidiosa admiracion;
el anciano, recordando
el tiempo que huyó veloz,
volverá á mirarse jóven
en sus hijos, y el pudor
de las doncellas apenas
podrá encubrir la aficion
que en los pechos mujeriles
despierta el marcial ardor.
Las músicas populares
con alborozado són
convidarán á la danza,
precursora del amor.
Esplendentes luminarias
dispuestas con profusion,
harán de esta noche un dia
de júbilo embriagador,

y sólo saldrá mañana
para prolongarlo, el sol.
—Tú, mientras tanto, á mi diestra (A Horacio.)
en el banquete que voy
á dar para honrarte, oirás
los himnos que en tu loor
cantan los dinamarqueses
poetas; brindaré yo
á tu gloria; arrojaré
en mi copa la mayor
perla de mi real anillo,
y tuyas serán las dos.
No es esto premiarte: el premio
á que te hacen acreedor
tus servicios, corresponde
señalarlo á tu ambicion.—

(A Hámlet, que permanece apartado del grupo de los cortesanos.)

Hámlet, ¿por qué huye de mí
mi deudo, mi amigo...

HÁMLET. (Inclinándose.) ¡ Oh!...
Algo más que deudo... y algo
ménos que amigo, señor.

GUNHIL. Hijo, no así sin defensa
te entregues á la afliccion:
pruébanos que de tu patria
eco en tí la dicha halló.
Alza los ojos del polvo;
mira que es funesto error
buscar en él á tu padre
querido... — ¿Por qué razon
aparentar tánta pena?

HÁMLET. (Con sencillez.) ¿Aparentar, madre? Nó...
Nunca supo vuestro hijo
aparentar. Ni el color
de este manto, ni la angustia

que veis en mi rostro vos,
pueden daros la medida
de lo que sufro... Estos son
signos que puede fingir
quien no sienta como yo.
Lo que no puede fingirse
está aquí, en el corazon...
Estos no son más que adornos
y atavíos del dolor.

FENGO. Venid todos. (Observando que Hámlet no le sigue.)
Te esperamos.
Dios te guarde. (Al notar que no se mueve.)

HÁMLET. Guárdeos Dios.

(Vásen todos ménos Hámlet y Ofelia.)

ESCENA IV.

HÁMLET y OFELIA que va á seguir á los demás, mirando siempre al Príncipe: por fin se detiene, y despues de irse todos, se acerca á él con timidez.—Ha anochecido por completo y la luz de la luna alumbra débilmente el teatro.

OFELIA. Príncipe...

HÁMLET. (Saliendo de su abatimiento al verla: con espansion.)
¡Ofelia mia!.—Ven... ven, que mis ideas
moderan su amargura cuando á mi lado estás.
¡Idolatrada niña!

OFELIA. ¡Hámlet!...

HÁMLET. ¡Bendita seas!
¡No sabes el consuelo que con venir me das!
Tus ojos, cuya vista por la del sol no cedo,
de mi camino ahuyenten la densa lobreguez;
ellos que son los únicos espejos donde puedo
tranquilo mi semblante mirar alguna vez.
Nadie cual tú comprende lo horrible del quebranto

que al alma sólo vida para sufrir dejó:
todos se obstinan ¡necios! en contener mi llanto,
y tú... tú ves que lloro, y lloras como yo.
Mil veces, hostigado por mis angustias fieras,
hasta evoqué la muerte con loco frenesí...
Perdon! Ahora comprendo que, mientras tú me quieras,
aún tiene algun halago la vida para mí.
Y tú me quieres... (Con reposo y confianza.)

OFELIA. ¡Hámlet!...

HÁMLET. Lo mismo que la hermosa
noche que, de la luna al tímido fulgor,
tus manos en las mias, feliz y ruborosa,
habló el silencio... y ambos supimos nuestro amor.
¿No es cierto?... Tus promesas serán siempre cumplidas...
No achaques á recelo mi involuntario afan...
Repite que me quieres... que mientras más sabidas,
más gozo esas palabras á quien las oye dan.

OFELIA. ¡Ah! ¡Si supiérais...

HÁMLET. Sigue!...
(Anhelante y sin reparar en el doloroso tono de Ofelia.)

OFELIA. Mi corazon estalla!

HÁMLET. Sigue!... sigue!...

OFELIA. (Rompiendo á llorar.) ¡Dejadme callar por compasion!

HÁMLET. ¡Habla!... (Alarmado.)

OFELIA. Nuestro amor puro... ¡es imposible!

HÁMLET. (Despues de un momento y rechazándola violentamente.) ¡Calla!
¿No ves que estoy oyendo tu infamia y tu traicion!

OFELIA. ¡Ah!...

HÁMLET. ¡Y yo, con la inocencia estúpida del niño,
abandoné en tus manos mi corazon leal!...
Bien haces en burlarte feroz de mi cariño...
¡Este castigo es poco para torpeza tal!

OFELIA. Mi padre halla en la muerte de nuestro amor su anhelo.

HÁMLET. Ni Dios, que le dió vida, puede matarlo, infiel!
El amor, santa esencia del rey de tierra y cielo,
es Dios, y omnipotente, y eterno como Él!

OFELIA. Considerad...

HÁMLET. Pensando defenderte, te infamas.
Mira...—Me da vergüenza que me oigan.—Ven aquí.

(Cogiéndola por las manos, en voz muy baja y con mucha expresion.)

¿Juraste amar por siempre á tu padre? ¡Y le amas!..
¿Hay que jurar cariño para olvidarlo así?

(Ligera pausa.)

Ah! Con ese silencio me irritas, me exasperas.
Vamos! Dí algo... Soy hombre... Tengo esfuerzo...

(Temblando.)

OFELIA. ¡Señor!...

HÁMLET. Basta! En mí no hay derecho para que tú me quieras;
sí para hacer que, al ménos, respetes mi dolor.

OFELIA. ¿Llorais?...

HÁMLET. ¿Es esto llanto?...—¡De que llore te espantas!...
—¿Lágrimas en mis ojos!...—No lo puedo impedir...
De algun tiempo á esta parte he devorado tántas,
estoy tan lleno de ellas, que tienen que salir.

OFELIA. Oidme... Yo prometo probaros mi inocencia.

HÁMLET. (Reponiéndose de su abatimiento.)
No quiero saber nada: igual me es todo ya.

OFELIA. Cielos! ¿Es este el premio que dais á la obediencia?

HÁMLET. Vete! No quiero verte! (Apartándola de sí y retirándose.)

OFELIA. (Haciendo un esfuerzo y yéndose por la derecha.)
Adios!

HÁMLET. Vete!...

(Volviendo la cabeza y viéndola marchar.)

¡Y se va!

ESCENA V.

HÁMLET.

(Algunos momentos de pausa, durante los cuales una nube pasa por delante de la luna y la oculta. — Oscuridad profunda.)

Pierdo el amor que juzgaba
tan mio! — ¿Y esto me altera!
¿Por qué? ¿No es él la postrera
ventura que mė quedaba?
Aunque así mi pena agrava,
la fortuna está oportuna
en llevarse una por una
las dichas que me dió ayer...
Ya no tengo que temer
los golpes de la fortuna.

El hombre que no atesora
venturas, suele soñarlas;
despierta, y al no encontrarlas,
como perdidas las llora.
¿Por qué extraño que traidora
Ofelia me olvide hoy,
si hijo de una madre soy
que ha olvidado en un momento
al sér que me dió el aliento
con que quejándome estoy!

Yo... yo la ví, con los ojos
arrasados por el llanto,
marchar hasta el campo-santo
tras sus mortales despojos...

¡Y aún con los párpados rojos,
subió al tálamo nupcial,
resonando por igual,
cada uno en distinto empleo,
el cántico de Himeneo
y el cántico funeral!

¡Sexo débil y traidor,
á no gozar condenado
si se mirara privado
de causar nuestro dolor!...
No achaquemos el rigor
que nos hace padecer
á su inícuo proceder,
sino á nuestra ceguedad...
¡Mentira y fragilidad,
teneis nombre de mujer!

¿Cómo late el corazon
que tanto llegó á sufrir?
— Existir ó no existir,
Hámlet; hé aquí la cuestion.
Elige tu decision.
Morir es dormir... ¿No más?
Durmiendo ¿no te verás
en este suplicio horrendo?
¡Y aún para seguir viviendo
de valor provisto estás!... (Pausa.)

Morir es dormir... Tal vez
soñar...— Esto me estremece...
— Soñar... — Mi idea merece
pensarse con madurez.
¿Qué sueños en la estrechez
de la mansion sepulcral
asaltarán al mortal?

Ah! sin esa duda impía,
¿qué hombre no se compraría
la calma con un puñal?
(Otra pausa, en que el personaje se reconcentra más y más.
El sueño es siempre un reflejo
que produce nuestra propia
existencia, y nos la copia
á veces como un espejo...
— En mi propósito cejo,
y ya morir me intimida;
que si en la tumba escondida
son los sueños de igual suerte,
será el sueño de la muerte
el reflejo de la vida!
(En la mayor agitacion.)
Sí... si lo son, es forzoso
que sea el eterno sueño
para el dichoso, halagüeño,
para el triste, doloroso.
Busque la muerte el dichoso
y eternice su ventura;
que el triste que en su amargura
á ese recurso se abrace,
no descansa al morir: hace
eterna su desventura.

El celoso, sentirá
eternamente sus celos;
el enfermo, á los desvelos
del dolor fin no hallará;
el cautivo, escuchará
siempre el són de sus cadenas...
y yo, que há un instante apenas
por vivir me hice un reproche,
iré en un dia... sin noche...
bajo el peso de mis penas!

Ya que la muerte á tormentos
desconocidos nos lanza,
vivamos con la esperanza
de mayores sufrimientos.
Nada de arranques violentos.
Viva satisfecho yo
en mi infamia... ¿Por qué nó?
Justo es cuanto Dios disponga,
y Él para esto me prolonga
la existencia que me dió!

Con ironía y desesperacion, cayendo en el banco; la voz de Horvendilo resonando bajo el tablado, como un eco de sus palabras, le hace levantarse y retroceder dominado por el pavor.)

ESCENA VI.

HÁMLET, en seguida LA SOMBRA DEL REY HORVENDILO.

HORVEN. Nó!
HÁMLET. ¡Esa voz!...
HORVEN. ¡Hámlet!... Hámlet!!...
(Cada vez más cerca.)
HÁMLET. ¿Quién me nombra?
(Aparece Horvendilo por el fondo del jardin, armado de todas armas y con manto real. Hámlet retrocede á medida que él avanza.)
¡Mi padre!...—¡Nó! No es él!... Mi padre ha muerto...
¡Estoy soñando!...
HORVEN. Nó: yo soy la sombra
de tu padre infeliz: estás despierto.
HÁMLET. [¡Oh!...
HORVEN. Tu ánimo serena.
¿Por qué mi vista de inquietud te llena,
y nó el amor, sino el horror te agita?

Ven, hijo; el miedo enfrena:
tu padre con valor te necesita.
Mi alma está condenada
á vagar de la noche en el sosiego;
y, mientras luce el sol, aprisionada
al implacable fuego,
el cumplimiento del castigo espera
por la justicia celestial prescrito...
¡Ah! si mi labio revelar pudiera
los misterios del mundo donde habito,
cosas te contaría en este instante
que, la menos cruel, fuera bastante
á erizar tus cabellos como abrojos,
á helar la sangre en tu ardoroso pecho,
á saltar de sus órbitas tus ojos
y el mismo corazon pedazos hecho!
—Mas no: misterios tales
vedados deben ser á los mortales.]
Si del filial cariño se conserva
un resto en tí...

HÁMLET. ¡Aquí vive sin mudanza!

HORVEN. Enjuga el llanto que el vigor enerva:
no quiero compasion, quiero venganza!

HÁMLET. ¿Venganza!...

HORVEN. De mi pueblo idolatrado,
dándome inolvidables alegrías
un cariño traidor, por fiel pagado,
yo miraba correr de mi reinado
dulces y breves los postreros dias.
Cansada el alma del feliz reposo,
jóven el corazon, el cuerpo fuerte,
á los placeres arrojéme ansioso,
viendo lejano el plazo de la muerte.
Copa tras copa de licor sabroso
apuraba con ciego desatino
una noche de orgía, bien ajeno

de que ocultaba el vino
devorador veneno,
que por el labio recogido apenas
adulteró la sangre de mis venas.

HÁMLET. ¿Quién fué el infame?...

HORVEN. Calma. — De allí á poco,
exhalé el alma entre rabiosos gritos,
renegando de Dios con furor loco...
¡sin pedirle perdon por mis delitos!
¡Y Él de su seno rechazó mi alma!

HÁMLET. ¡Quién fué el infame?...

HORVEN. ¡Calma!

HÁMLET. (En el colmo de la exaltacion.) ¡Quién fué?...

HORVEN. ¡Calma!!

(Con voz terrible: Hámlet baja la cabeza y se dispone á escuchar.)

—Al correr de mi muerte la noticia,
quiso cortar el vuelo á la malicia
el miserable, y consiguió su empeño
persuadiendo á los mios hábilmente
de que, entregado en mi jardin al sueño,
me mordió una serpiente.
Sin sospechar siquiera el ruin encono,
creyó el grosero engaño Dinamarca...
¡y la serpiente que mordió al monarca
hoy ocupa su tálamo y su trono!

HÁMLET. [¡Mi tio!... — Sí, mi tio:
tú no sabes mentir, corazon mio!

HORVEN. Mi propio hermano, siervo de la envidia,
que con valor no lidia
ni para conquistar lo que ambiciona,
me escanció el vino con atroz perfidia,
y me arrancó la vida y la corona!]

HÁMLET. ¡Su hermano!... — ¡Y yo me daba por consuelo
al repasar ha poco mis dolores,
que pudo alguna vez en este suelo

haber otros mayores!
¡De Cain inhumano
aún retoña la rama fementida!

HORVEN. ¿Y ella?... ¡Si el crímen de ella es más villano!
¡Si él me mató no más, y ella me olvida!
—Hámlet, tú vengador y justiciero
aplacarás las iras de tu padre;
tiñe en la sangre criminal tu acero...
mas respeta á tu madre.
Ella... al fin es tu madre... ¡y aún la quiero!
Jura que cumplirás lo que te exijo...
Júralo por tu espada...

HÁMLET. (Extendiendo la mano sobre la cruz de la espada.)
Yo os lo juro!

HORVEN. Con ese juramento voy seguro.
Adios... Adios y no me olvides, hijo!
(La sombra se va pausadamente por el fondo. Hámlet la sigue con los ojos hasta que desaparece.)

ESCENA VII.

HÁMLET.

¿Olvidaros?... Ah cielos! si sois justos,
no me dejeis morir en este instante...
¡Músculos mios, sostened robustos
mi cuerpo vacilante! (Sacudiéndose.)
—¡Yo no quiero morir! Yo necesito
vivir para matar... Cuando expïado
haya el aleve su infernal delito,
toma, Señor, la vida que me has dado:
es tuya... la daré con alegría...
Pero ahora no! ¡Ahora es mia!
(Pausa.)

—¿Olvidarme de vos!... Nó! Yo en mi mente
de toda idea borraré la huella,
para que, en ella fija, solamente
la de vuestra venganza reine en ella!

(Otra pausa.)

¡Mi padre ha sido muerto por su hermano!...
—Nó, no es verdad!... Mi espíritu se exalta...
Yo quiero recordar... Esfuerzo vano...
El pecho me arde... La razon me falta,
y á conciliar no acierta
mis confusas ideas... ¡Qué martirio!
¡Yo quiero despertar de este delirio!
—Ah! el que sueña desdichas, no despierta! (Abatido.)

HORVEN. (Sonando su voz por debajo del tablado.)
No me olvides!

HÁMLET. (Recobrando toda su energía.)
¡Su voz!... Nó... no te olvida,
padre, tu hijo amantísimo; te engañas...
—¡Ay del vil fratricida!
El furioso leon, vuelto á la vida,
va á desgarrar del tigre las entrañas!

(Abalanzándose á la puerta de la derecha y retrocediendo hasta quedar detras de la columna corpórea al ver salir á Fengo.)

ESCENA VIII.

HÁMLET, GUNHILDA, FENGO, HORACIO, POLONIO y acompañamiento.—Algunos PAJES con hachones.

FENGO. (Desde la puerta.)
El festin nos espera, ¿qué os detiene?

HÁMLET. El rey! Él mismo viene
á caer en mis manos... —Fengo! Fengo!

pide clemencia á Dios: yo no la tengo!
¡Muere, inícuo!
(Arrojándose al rey con la espada desnuda.)

TODOS. ¡Ah!

(Los guardias del rey estorban la intencion de Hámlet.)

FENGO. ¿Qué es esto? A mí, soldados!
Prendedle!

(Los soldados se apoderan de Hámlet y le sujetan por los brazos.)

HÁMLET. (Maldicion! ¡Perdido todo!)

FENGO. Hámlet, ¿qué pensamientos desdichados
contra mí te dirigen de ese modo?

HÁMLET. (Perdida mi venganza!...
¡Perdida sin remedio!...)

GUNHIL. ¿Estás loco?

HÁMLET. (Asaltado de una idea: rapidez y claridad.)
Yo... (Loco!... Sí! Este medio
todo tal vez á remediarlo alcanza.
¡Esa es mi salvacion! ¿Por qué me apoco?
Fingiré que estoy loco.)

(Con aire extraviado. Los versos siguientes los dirá Hámlet con ademanes descompuestos, como tratando de fingirse loco: unas veces con horrible furia, otras con profunda amargura, que concluye por reflejarse en su ficcion, indicio y desahogo, al cabo, de sus verdaderas penas. El actor debe pensar que Hámlet, con la imaginacion exaltada, loco de dolor, se propone fingir lo que en cierto modo está pasando por él.)

¡Atrás, canalla imbécil! Paso!... Paso,
si quereis que mi furia no os destroce!
(Forcejeando por desasirse de los que le sujetan.)
¿Luchar conmigo intentareis acaso? (Con lástima.)
No sabeis quien soy yo... Bien se conoce!

FENGO. Desarmadle! ¿Qué haceis?

(A los soldados: uno de ellos va á apoderarse de su espada.)

HÁMLET. ¿Quereis mi espada?
Vuestra impotencia en mi valor se estrella...
Tomadla. No la quiero para nada!

Para vencer, no necesito de ella.
(Rompe la espada en la rodilla y la arroja á los soldados desdeñosamente. Ellos se apartan más tranquilos.)
¿Respirais al mirarla hecha pedazos?
(Contemplándolos con sonrisa burlona.)
¿Sin armas me juzgais? — Turba ignorante!
— ¿No reparais mi talla de gigante? (Irguiéndose.)
el desarrollo hercúleo de mis brazos?
¿Sabeis la fuerza que en mi sér se encierra?
Bastaría á clavaros en la tierra
mi menor movimiento... No os asombre.
Yo soy Sanson: sí tal; ese es mi nombre!
(Paseando sobre todos su mirada altanera. Movimiento general de extrañeza.)
Justo es que hoy mi presencia no os alarme.
Álguien me despojó de los cabellos,
corona de mi sien, para robarme
el poder que el Señor me dió con ellos...
Álguien mis claros ojos me ha arrancado
con la intencion artera
de que ver no pudiera
lo que pasa á mi lado...
Álguien, para ignominia sin ejemplo,
me amarra á las columnas de este templo,
y me escupe en el rostro y me escarnece...
Mas... ¡mi cabello crece!... (Acariciándoselo.)
El ciego ve del alma con los ojos,
y su amargo dolor se trueca en ira...
Sus miembros, ántes débiles y flojos,
robustos como el roble otra vez mira...
(Agarrándose con ambos brazos á la columna del pórtico próxima al proscenio, como si quisiera sacudirla.)
¡Entre sus brazos la columna toma...
la mole colosal se bambolea...
la techumbre crujiendo se desploma...
y sepulta á la gente filistea!
(En completo delirio ya.)

GUNHIL. (Llorando.) ¡ Está loco !
HÁMLET. (Volviendo á la realidad al oir á su madre.)
(¡ No ven que lo he fingido !...
Já, já, já!... Lo han creido !... Lo han creido !)
(Avanzando al proscenio, con voz ahogada, y riendo convulsivamente. Todos se acercan á él haciendo demostraciones de interés y lástima. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon cerrado, con dos ochavas en el fondo. En cada una de ellas, una puerta: la de la derecha, da á un camarin pequeño y sin salida, que ha de verse á su tiempo, y está cubierta por un tapiz que pueda descorrerse con facilidad. La de la izquierda, da á un corredor. Otras dos puertas en los primeros lienzos, por las cuales se pasa á las habitaciones que se suponen contiguas.—A la izquierda, en segundo término, un reclinatorio, y sobre él un crucifijo tallado en madera; delante, un almohadon.—Asientos propios de la época.—Es de noche: la escena se ilumina por medio de una lámpara que pende del techo.

ESCENA PRIMERA.

GUNHILDA y FENGO.

GUNHIL. Sí, Fengo, mi hijo está loco.
Basta el más ligero exámen
para descubrir en él
inequívocas señales
de demencia... Tú, sin duda,
no has notado el incesante
extravío de sus ojos,
ni los raros ademanes
y gestos de que acompaña
sus incomprensibles frases.

FENGO. ¡Con qué furia se arrojó (Preocupado.)
á matarme!... Sí, á matarme:
eso iba á hacer.

GUNHIL. Y eso mismo
corrobora mi dictámen.

No se concibe que un hombre
en su sano juicio, trate
de matar á otro sin que éste
le haya hecho algun mal.—Tú, á Hámlet,
¿le has hecho alguno?

FENGO. ¡Yo?...
(Como asombrado de la pregunta.)

GUNHIL. Entónces,
¿por qué ha de querer matarte?

FENGO. No lo sé.

GUNHIL. Porque está loco,
y cuenta no alcanza á darse
de sus actos. No lo dudes.

FENGO. Puede ser... Mas ¿de qué nace
su locura?

GUNHIL. Para mí
su explicacion es muy fácil
y muy triste.—Tal vez de ella
soy yo no poco culpable.
—El dolor que en Hámlet labra
desde que murió su padre,
inmenso dolor que acusa
mi debilidad cobarde,
lo exacerbó la imprudente
rapidez de nuestro enlace...

FENGO. Fué necesaria, Gunhilda.
Si pudo el cariño amante
más tiempo con halagüeñas
esperanzas contentarse,
Dinamarca, amenazada
del Noruego por las naves
poderosas y las tropas
aguerridas en combates
sin cuento; experimentando
en tan riguroso trance
la pérdida de Horvendilo,

— anuncio de mil desastres, -
necesitaba una mano
firme, que el cetro empuñase
derribado por la muerte
de la diestra del gigante.
Un niño y una mujer
pretenderían en balde
tenerlo sin que, caido,
otros tratáran de alzarle...
— Yo, por salvar á mi patria
de peligrosos azares,
soy rey, y afianzo el derecho
de quien, loco ó miserable,
volviéndose en contra mia,
quiere derramar mi sangre.

Gunhil. Fengo...

Fengo. Y es justo... sí, es justo
que tú sin piedad ultrajes
este amor, porque ha nacido
para empresas tan loables...
— ¡La virtud misma odia el hombre
que beneficios reparte,
si el dolor de haberlos hecho
es su galardon constante!

Gunhil. ¿Te he herido con mis palabras?
Á deseo no lo achaques
de ofenderte... Es que en mi espíritu
hay tal mezcla, tal embate
de ideas y sentimientos,
que, impotente mi lenguaje,
los confunde al explicarlos...
Es que, á un tiempo esposa y madre,
sintiendo los dos afectos
en proporciones iguales,
para castigar mis culpas
Dios enemigos los hace...

Hámlet...

FENGO. Hámlet pagó siempre
con despego mis afanes
por su bien; ayer me quiso
asesinar. Si ideas táles
las produce el extravío
de su razon, es notable
imprudencia estar fiados
de un demente á los arranques.
Si de ahí no nacen, yo quiero
descubrir de dónde nacen.

ESCENA II.

DICHOS, OFELIA y POLONIO.

POLON. (Desde la segunda puerta de la izquierda.)
Señor...

FENGO. Pasad. ¿Qué quereis? (Secamente.)

POLON. Quisiera hablaros...

FENGO. Más tarde
hablaremos.

POLON. (Insistiendo.) La cuestion
es para vos importante,
y por eso estimaría
que os dignárais escucharme.

FENGO. ¿De qué se trata? (Impacientado.)

POLON. Del Príncipe.

GUNHIL. Ah!... (Acercándose á Polonio.)

FENGO. Yo te ruego que hables,
amigo mio... (Cambiando de tono: con interés.

GUNHIL. ¿Qué ocurre?...

POLON. Yo tengo un peso muy grave
en mi conciencia, y no puedo
sosegar sin desecharle.

Los favores repetidos
con que en los mios premiásteis
el afecto y la lealtad,
me obligan...

FENGO. Bien...

GUNHIL. Adelante!...

POLON. El Príncipe, desde anoche...

FENGO. Está loco, sí... ¿y tú sabes
la causa de su locura? (Rapidez.)

POLON. Sí, por mi mal.

FENGO. Pues no tardes
en decirla.

POLON. Soy yo mismo.

FENGO. ¿Eh!... (Con extrañeza.)

GUNHIL. ¿Tú!... (Idem.)

POLON. Sí: oidme y juzgadme.
El Príncipe amaba á Ofelia;
yo queria que acabase
un amor que, cierto ó falso,
sólo presagiaba males.
Mi hija indicó ayer al Príncipe
mi voluntad, y tan grande
impresion recibió en ello,
que su cabeza, ya frágil
y minada por la pena,
acabó por trastornarse.

GUNHIL. ¡Dios mio!...

POLON. Os vió, sospechó
que quizás tuviérais parte
en mi decision, y eso
fué lo que pudo arrastrarle
á lo que hizo...
(Fengo permanece pensativo: Polonio se dirige á la Reina.)
Yo tomé
por antojo de un instante
el amor de vuestro hijo,

y no lo acerté; que casi
tan comun como que el jóven
su desventura se labre
por falta de prevision,
es que al anciano le engañe
su maliciosa experiencia,
que de lo justo se sale.

FENGO. (Con convencimiento y alegría.)
(Sí... el motivo es verosímil.)
Dices bien!... Es indudable:
de ahí proviene su locura.

POLON. Y, pues á ella he dado márgen,
imponed á mi delito
la pena que más os cuadre,
si acaso encontrais alguna
mayor que el considerarle.

FENGO. Eh!... ¿Qué estás diciendo? En esto,
y en todo, remedio cabe.
—Ven acá, Ofelia.

OFELIA. Señor... (Acercándose.)

FENGO. Ven... ¿Tú quieres mucho á Hámlet?
(Ofelia baja los ojos.)
Me han dicho que ahora las niñas,
para afirmar, lo que hacen (Con bondadosa broma.)
es poner los ojos bajos,
callar y ruborizarse...—
Recobra tus esperanzas
más queridas, pobre ángel;
si os amais, sea en buen hora:
yo consiento en vuestro enlace.

POLON. ¡Señor!... (Confundido.)

FENGO. La gloria de Horacio
ilustrará tu linaje.
Tú eres honrada y discreta:
para reina, eso es bastante.

(Polonio y Ofelia se arrodillan y besan la mano á Fengo.)

Alzad. Para obrar así,
razones tengo á millares...
Pero basta que la dicha
del Príncipe lo reclame.

GUNHIL. (¡Qué generoso!)

FENGO. (A Ofelia.) Tú puedes
dar la noticia á tu amante:
tal vez ella á devolverle
la calma perdida alcance.
Venid vosotros. (A Gunhilda y Polonio.)
Tratemos
esta cuestion agradable.
(Vánse por el fondo, izquierda.)

ESCENA III.

OFELIA.

Su esposa... No es delirio! No es locura!
Y tiemblo... Y el sudor baña mi frente...
Pero, de un solo golpe, ¿quién se siente
capaz de soportar tánta ventura?

Tan dulce realidad, gloria tan pura,
debe entrar en el alma lentamente...
Con esa gloria, hay gloria suficiente
para esta vida y la que eterna dura!

Funde la propia hoguera en que me inflamo
mi corazon, y crece, y en rocío
de lágrimas felices lo derramo.

¡Sangre del alma! ¡Rey del albedrío!
Ahora que no me escuchas, oye... te amo,
te adoro, te idolatro, dueño mio!

ESCENA IV.

OFELIA y HÁMLET, por la primera puerta de la derecha: trae en la mano, entreabierto, el libro del primer acto; viene abstraido en profunda meditacion, y sin arma ninguna visible.

OFELIA. (Ruborizándose al verlo.)
Ah!
HÁMLET. (Alzando los ojos, mirándola con frialdad y pasando.)
Ofelia.
OFELIA. (Corriendo á su encuentro.) Señor, señor!...
(Siguiéndole: él se detiene ántes de llegar á la puerta de la izquierda.)
Reemplace en vos al dolor
la alegría;
brillen los ojos enjutos;
rasgue el corazon los lutos
que vestía.
(Desconcertada con la indiferencia del Príncipe.)
¿Callais?... Vuestro rostro huraño
que recelais que os engaño
me demuestra...
¿No veis mi dicha en mi cara?
¡Qué prueba quereis más clara (Con arranque.)
de la vuestra?
(Hámlet se acerca á Ofelia, como atraido por sus palabras.
¿Es rencor?... Teneis derecho:
mas, si ayer os llené el pecho
de afliccion
(no ingrata, sino obediente),
hoy el mismo rey consiente
nuestra union!
HÁMLET. ¿El Rey!... (Frunciendo las cejas.)
OFELIA. El Rey... sí!... — ¿Y callais!

¡Callais?... ¿No me perdonais!...
— ¡Dios bendito,
ya no me ama, bien se advierte!...—
Ah! ¿merecia la muerte
mi delito?
¡Malhaya el tiempo dichoso
en que el corazon gozoso
escuchó
de su amor el eco blando!

HÁMLET. (Reprimiéndose.)
Amor?... ¿Qué dices?... Pues ¿cuándo
te amé yo?

OFELIA. ¿Cuándo!... Qué, ¿el amor sentido
se puede dar al olvido?
— Dios cruel!
¿Eso escucho de su boca,
y eso no me vuelve loca
como él!...

HÁMLET. ¿Tú eres hermosa? — Contesta.

(Con exagerada naturalidad, que va cambiándose, poco á poco, en aturdimiento.)

OFELIA. Ah señor!...

HÁMLET. ¿Eres honesta?...
Pues procura
que nunca con tu recato
tenga el más mínimo trato
tu hermosura.
De la hermosura el poder
logra en la virtud hacer
gran mudanza,
sin que la virtud consiga
prestar á su torpe amiga
semejanza.
Esto, en época remota,
era una verdad ignota
para todos:

hoy, gracias á la experiencia
recogida, se evidencia
de mil modos. (Pausa.)
Yo, ántes, te queria... sí...

OFELIA. Señor!...

HÁMLET. Me miraba en tí,
fiel, rendido!... (Animándose involuntariamente.)
Pero... (Reponiéndose.) Crédito me das?
— Nó, nó, Ofelia: yo, jamás
te he querido.

OFELIA. Me engañé, y harto lo siento.

HÁMLET. Eh!... Mira, vete á un convento... (Mucha ligereza.)
Sí... — No llores.
Huye del dolor profundo
de ser madre, y dar al mundo
pecadores.
Yo no soy muy malo, y ciego
de rabia, á veces, reniego
de estar vivo
al verme tan defectuoso.
Sí... soy soberbio... ambicioso...
vengativo...
Los malvados como yo,
no es justo que vivan... nó:
¿á qué intento?
Y ¿quién faltas no comete?
¡No creas á nadie! ¡Vete
á un convento!
(Rechazándola y atrayéndosela despues.)
Y por si los ojos cierras
á la verdad, y te aferras
en casarte,
rindiendo al diablo tu escote,
yo esta maldicion en dote
quiero darte. (Misteriosamente.)
Aunque tu deber observes

cuidadosa, y te conserves
casta y pura,
la calumnia miserable
te ha de herir con su incurable
mordedura!
Entra en un convento, ea! (Transicion.)
— Ah! y si te casas, que sea
con un tonto... (Riendo.)
Los listos, el escarmiento
aprovechan. — Al convento
pronto, pronto!

(Retirándose: luégo hace señas con la mano á Ofelia para que se aproxime.)

Vosotras... — fatal semilla! —
con ese aire de sencilla
rectitud,
fingís de un modo inaudito,
y vendeis hasta el delito
por virtud.
Desde hoy no se harán más bodas.
Las hechas, seguirán todas
porque la ley se respete...
¡Ménos una, que al momento
va á acabar! — ¡Vete al convento!
Vete! Vete!!

(Empujándola con violencia: Ofelia se retira llorando por el fondo izquierda.)

ESCENA V.

HÁMLET, siguiendo con la vista á Ofelia.

Ya se fué!... — Temí un instante
que me vencieran sus lágrimas... —
¿Amor?... Nó. Ese sentimiento

es indigno de mi alma.
En ella ya sólo cabe
una pasion: la venganza!
Si ese amor no hubiera muerto,
si alguna vez me gritára
aquí... (Con la mano en el corazon.) yo lo arrancaria
del pecho, como se arranca
yedra que, abrazada al árbol,
el robusto tronco daña. (Pausa.)
Mi venganza... está segura.
Nadie ha recelado nada...
Me creen loco... Já, já!... Loco!...
Todos me miran con lástima.
Já, já!... La farsa hace efecto...
¡Adelante con la farsa!

(Riendo nerviosamente, y quedando en seguida sombrío y meditabundo.)

ESCENA VI.

HÁMLET y HORACIO, por el fondo, izquierda.

HORAC. (Mirando desde la puerta.)
Aquí está. — ¿Me dais licencia,
Príncipe?

HÁMLET. (Volviendo la cabeza con inquietud.)
¡Qué es eso? — Ah! (Con alegría.)
Es Horacio! — Ven acá.
¿Qué te trae á mi presencia?

HORAC. Saber de vuestra salud,

(Al oir la palabra «salud,» Hámlet hace un gesto de desagrado, y su afabilidad para con Horacio se trueca en reserva.)

y hablaros con más despacio
que ayer.

HÁMLET. Agradezco, Horacio,

mucho esa solicitud,
que me prueba las felices
disposiciones que tienes
para conmigo... — Mas... ¿vienes
solamente á lo que dices?

HORAC. Esa pregunta... (Con extrañeza.)

HÁMLET. Es fundada.
Hay aquí quien, con objeto
que yo ignoro, espía inquieto
mi existencia desdichada;
y sabe, si él te dispensa
la honra de servirle hoy,
que, aunque esté loco, no estoy
tan loco como álguien piensa.
Vé y dile que, loco y todo,
tal cual vez cuerdo parezco.

HORAC. Príncipe, yo no merezco
que me trateis de ese modo!

HÁMLET. (Al notar el tono digno de Horacio.)
Si mis frases te han herido,
perdona.

HORAC. (Con fuego.) Bien sabe Dios
que sólo mi afecto á vos
es lo que aquí me ha traido.
No receleis de él engaños,
que vuestras dudas le afligen.
Recordad que tuvo orígen
en nuestros primeros años;
que siempre hermanó discreto,
honrando á la majestad,
la confianza y la lealtad,
y el cariño y el respeto.
Yo no soy más que un soldado;
y, como mi ciencia es poca,
sale de la torpe boca
mi sentir mal expresado.

Oculto por estas mallas,
late un corazon ardiente
que ha mirado frente á frente
á la muerte en cien batallas,
sin temer nunca: hoy, señor,
vuestra pena considera,
y, quizás por vez primera,
le abandona su valor.
No os admire una virtud
tan dulce en pecho tan rudo.
En mí más que todo pudo
la ley de la gratitud;
y en mi memoria la idea
con amor guardada llevo
de que á vuestro padre debo
lo que soy... y lo que sea!
Él con su valor me dió
ejemplo que seguir fiel
ansioso procuro: él
esta espada me ciñó...
¡Ésta, sí! (Acariciándola.) Y cuando la parca,
con una crueldad sin nombre,
quiso matar en un hombre
la dicha de Dinamarca,
el rey clavó en su querella
la última mirada en mí...
y yo, señor, comprendí
lo que me dijo con ella!

HÁMLET. (Que ha escuchado las palabras de Horacio exaltándose por grados.)
¿Qué te dijo?...

HORAC. ¿Qué me dijo?
Que por su hijo velára
sin tregua; que dedicára
toda mi vida á su hijo.
Yo juré en aquel momento

cumplir esa obligacion.
HÁMLET. ¿Sí?... ¡ Pues ahora es ocasion
de cumplir tu juramento! (Rapidez y energía.)
HORAC. Pues toda palabra sobra!
HÁMLET. Sí!... Ven!...
(Llevándoselo á un lado de la escena, y despues de cerciorarse de que nadie le puede oir.)
Mi secreto escucha;
que, de morir yo en la lucha,
tú has de proseguir mi obra
si al oirme no titubeas
y á darme ayuda te atreves.
HORAC. ¡ Hablad!
HÁMLET. Mi padre... á quien debes
lo que eres y lo que seas...
(Recalcando cada una de sus palabras.)
el que de valor te ha dado
ejemplo... el que te ciñó
esa espada... ¡ esa! murió
por su hermano envenenado!
HORAC. (Atónito.)
¡ Por su hermano?...
HÁMLET. Sí! ¿ Te asombra
(Buscando y encontrando una explicacion á la vacilacion de Horacio.)
su crueldad y su cinismo...
HORAC. Mas... ¿quién lo afirma?...
HÁMLET. Mi mismo
padre: su sombra!
HORAC. (Con incredulidad.) ¿ Su sombra!...
HÁMLET. (Angustiado.) ¿Sospechas que me equivoco?
HORAC. (Con lástima.) Infeliz!
HÁMLET. ¿Piensas quizás,
lo mismo que los demás,
que estoy loco? ¡ No estoy loco!
¡ Lo fingí! Sal de ese error

funesto, que ya me injuria!
¿Yo loco? Loco de furia...
y de rabia... y de dolor!

HORAC. (Procurando aquietarle.)
No ha sido mi pensamiento
ése: escuchadme con calma.
Hay instantes en que el alma
que ataraza el sufrimiento,
rendida al dolor, sedienta
de amenguar el que la hiere,
ver otro más grande quiere
y el suyo mismo se aumenta.
Tienen tal vida y verdad
estos sueños que forjamos,
que, al lado de ellos, hallamos
pálida la realidad.

HÁMLET. ¿Crees que he soñado?...

HORAC. Sí.

HÁMLET. Soñar!... ¡No ser cierto nada!...
(Deleitándose un momento con lo hermoso de la idea; con enérgica amargura despues.)
¿No ves que esa es demasiada
felicidad para mí?

HORAC. ¿Y quién, sin pruebas del crímen,
la ira en su enemigo sácia?

HÁMLET. Tus palabras, por desgracia,
en mí tu opinion no imprimen;
mas... (Como disculpándose á sí mismo su debilidad.)
siento un bien tan extraño
al creer que ofuscado estoy,
que á exponerme por él voy
á otro nuevo desengaño.
Se me ocurre en este instante
el medio que usar conviene.
Mira... este libro contiene
una historia semejante

á la del buen padre mio,
que tú juzgas ilusoria.
Vamos á leer esa historia
en presencia de mi tio;
y, como á fingir no acierte
si ante mí en su infamia piensa,
será el rostro su defensa
ó su sentencia de muerte.
Si es cierto...

HORAC. A todo me obligo.

HÁMLET. Amigo! dáme tu mano...
Yo te llamaria hermano,
si eso fuera más que amigo.

ESCENA VII.

DICHOS, GUNHILDA, FENGO y POLONIO, que se quedan un momento en la puerta izquierda del fondo y bajan luégo al centro de la escena.

FENGO. ¿Por qué rechaza á Ofelia si la quiere?

POLON. ¿Por qué ha de ser, señor? Porque está loco.

FENGO. Locura singular!

GUNHIL. Más singulares
son las dudas que abrigas, receloso
no sé de qué... (Viendo á Hámlet.)
Ahí le tienes: haz que mire
que le detestas en tu ceño torvo,
y deplora que el verte le ocasione
malestar de ordinario, y nunca gozo.

FENGO. Ahora mismo, Gunhilda, á darte pruebas
de lo mal que me juzgas me dispongo.
(Dirigiéndose á Hámlet afectuosamente.)
Hámlet... hijo...

HÁMLET. Señor...

FENGO. Ven á mis brazos.

HÁMLET. (Con repugnancia.)
¿A los vuestros?...
FENGO. ¿Te niegas?...
HÁMLET. (Dominándose.) Nó... conozco
que no soy digno de ellos.
FENGO. ¿De qué nace
ese desvío pertinaz que noto
en tí hácia mí? Te juro que mil veces
hasta imagino que me tienes odio.
HÁMLET. Odio... ¿yo á vos! (Cogiendo la mano al Rey.)
Señor, vos no andais bueno.
El pulso está alterado... ¡pero cómo!—
¿Qué os pasa?... (Mirándole fijamente.)
FENGO. A mí?...
HÁMLET. Febril... inquieto... triste...
No os faltarán motivos...
FENGO. Uno sólo:
tu dolor. Cuando él cese...
HÁMLET. Desconfío
de que cureis entónces: es muy hondo.
Si algunas veces duerme, lo despiertan
las cosas más pequeñas... Hace poco
buscaba distraccion en este libro;
y cuando su lectura más absorto
me tenía, un pasaje que intercala
en él su autor, me impresionó de un modo,
que...—Verdad que es horrible... horrible... horrible!
Y... no os riais de mí; tengo un antojo...
¡Lo vamos á leer!
FENGO. ¿Ahora?...
HÁMLET. Ahora mismo!
(Hojeando el libro.)
A ver...—Ajá! Esto es! (A Polonio.) Lee este trozo,
tú que tienes la voz sonora y clara.
GUNHIL. Pero...
HÁMLET. No os cansareis: es corto, es corto.

FENGO. (¿ Qué quiere decir esto?)
HÁMLET. (A Horacio.) (Horacio amigo,
no apartemos la vista de su rostro...
Nada puedo esperar... y estoy temblando,
y de impaciencia y de emocion me ahogo.)
POLON. ¿ Comienzo?
HÁMLET. Sí, comienza.

(Horacio y Hámlet observan al Rey: el último sin pestañear y reflejándose en su semblante las impresiones que recibe. Polonio lee con grave entonacion, y la Reina sigue con curiosidad esta escena, que no se explica.)

POLON. (Leyendo.) « Siglos hace,
» era rey de Polonia el gran Astholfo,
» de virtud y de ciencia y de bravura
» espejo claro en opinion de todos.
» Envidia tuvo de la tierra el cielo,
» y llevósele á sí, subiendo al sólio
» el hermano del rey... ».
FENGO. (Haciendo un levísimo movimiento de sorpresa.)
¿ Eh!...
HÁMLET. Sí!... El hermano
del rey... un tal Basilio... un vil, un mónstruo
que cien defectos oponer podia
á cada buena cualidad del otro!
(Con vehemencia primero y con afectada dulzura despues.)
Pero ahora llega lo mejor del cuento...
Ya vereis!... Ya vereis!... — Sigue, Polonio.
¡ Aquí!
(Volviendo dos ó tres hojas y señalándole un punto del libro.
POLON. « Basilio, de su pueblo odiado,
» que indócil soportaba el ominoso
» yugo que le oprimia, con su sangre
» tiñó una tarde su carroza de oro
» herido al golpe de contrario acero. »
HÁMLET. ¿ Herido nada más? ¡ Oh brazo flojo!
POLON. « Conducido otra vez á su palacio,

» no espiró, con unánime alborozo
» del pueblo, que, olvidando sus rencores,
» del régio lecho se apiñaba en torno.
» Calentura voraz le consumía;
» y, en su delirio, se arrojó de pronto
» al suelo y, puesto en pié, desencajados
» y preñados de lágrimas los ojos,
» —¡Perdon, perdon, Astholfo, hermano mio!—
» dijo temblando con acento bronco.
» Y luégo sus palabras balbucientes,
» cortadas por gemidos y sollozos,
» de su nefando crímen descubrieron
» todos los pormenores poco á poco....
» ¡Basilio, de la gloria del monarca,
» de su poder y mérito envidioso,
» le habia envenenado!...»

FENGO. (Conmovido por la lectura y subyugado por la mirada de Hámlet; con voz débil.)
¡Envenenado!

HÁMLET. ¡Y en vez de ir á un cadalso, subió á un trono!

FENGO. ¡Oh!...

HÁMLET. (A Polonio.) ¡Sigue! Sigue!...

POLON. «El rey, de su delirio
» despertó en un oscuro calabozo.
» Lo mismo que en su lecho, se apiñaba
» de su triste prision el pueblo en torno,
» mugiendo, como el mar cuando se irrita,
» más amenazador mientras más sordo.
» Los goznes de la puerta rechinaron,
» y el rey frente de sí contempló atónito
» un verdugo y un juez. El juez le dijo
» con dura voz, con indignado tono:
» — Oh rey!...»

HÁMLET. ¡No es eso! ¡Dame! ¡Esas palabras
deben decirse de distinto modo!

(Arrancando violentamente el libro de manos de Polonio. Desde

ahora se dirige al Rey, leyendo y mirándole alternativamente. Fengo retrocede á medida que él avanza, acobardado, confuso, sin poder dominar su terror.)

« ¡ Oh rey! ¿ Tú imaginabas que tu crimen
» no iba á saberse nunca por nosotros? »

FENGO. (¡ Eh!...)

HÁMLET. « ¡ Desdichado! Tiembla! Tú, tú has sido
» tu propio delator! »

FENGO. (¡ Qué es lo que oigo?...)

HÁMLET. « ¡ Cain, Cain, ¿qué has hecho de tu hermano? »

FENGO. ¡ Yo!... ¡ Qué dices? (Vendiéndose.)

HÁMLET. (Con frialdad.) ¿ Yo? Nó... Leo este tomo...
No hago más que leer... Mirad: « Historia
» del vil Basilio y del virtuoso Astholfo. »
Si os molesta...

FENGO. (Con ira.) Ya basta!

HÁMLET. (Con feroz ironía.) Sí... Ya basta...
Ya basta... Decís bien... Lo reconozco...
Me voy... ¡ Hasta despues!

(A Horacio, al que arrastra consigo, y poniendo en esta pregunta todo lo que puede quedarle de esperanza.)

(Has visto?

HORAC. He visto.
Contad, señor, con mi seguro apoyo.)

(Hámlet y Horacio se van por la primera puerta de la derecha; aquél, vuelta siempre la cara al Rey, saludándole aún con la mano y clavando en él una mirada de tigre.)

ESCENA VIII.

FENGO, rechazando á GUNHILDA y POLONIO, que se le acercan con solicitud.

GUNHIL. Fengo!...

POLON. Señor...

FENGO. ¡ Dejadme! Retiraos!

GUNHIL. Mas...

FENGO. ¡ Ó de mi prudencia no respondo!

(Gunhilda y Polonio se van por la izquierda.)

ESCENA IX.

FENGO.

(Pausa.)

¡Descubierto... Descubierto,
pese á la astucia y al dolo...
¡Nó! ¿Quién lo sabía? Sólo
dos personas: yo... y el muerto.
Los muertos no hablan, y yo...
Yo á nadie lo he revelado...
Pero... ¿me habrán delatado
mis sueños?... Nó. —¿Y por qué nó!
Eh! tiempo es ya de que acuda
á la reflexion. Acaben
las ilusiones. Lo saben,
y estoy perdido; no hay duda.
¿Cómo vencer? ¿Cómo huir
de mis contrarios siquiera?
¡Terrible suerte me espera!
Voy á morir... ¡A morir!...
Mil negros remordimientos
con rabia el pecho me oprimen...
Jamás contemplé mi crímen
mayor que en estos momentos.
¡Morir!... Y, aunque con afan
implore por mi existencia,
no podré encontrar clemencia...
Los hombres no la tendrán...

(Tropezando su mirada con el crucifijo y acercándose al reclinatorio.)

¿Y Dios?... Dios... Como contrito
y humillado le demande
socorro, ¿será más grande
su piedad que mi delito?

Sí... sin duda... su bondad
infinita á todo excede.
Él sólo salvarme puede...
¡Piedad, Dios mio, piedad!

(Cae de rodillas en el almohadon, sollozando y ocultando su cabeza entre los brazos, que cruza sobre el reclinatorio.)

ESCENA X.

FENGO y HÁMLET, que sale por la derecha. Al ver al Rey, se queda en el umbral de la puerta, contemplándole con delicia; despues saca un puñal del pecho, y, ocultándolo cuidadosamente, baja hasta colocarse cerca de Fengo, que no siente sus pasos.)

HÁMLET. ¡Solo!... Ocasion que acechando
tanto há sin descanso vengo,
ya te tengo... ya te tengo!
¿Qué hace el rey?... Está rezando...
Ahora le mato!

(Enarbolando el puñal, guardándoselo en seguida en el pecho y retirándose rápidamente por donde ha salido.)

Ahora nó!
Si ahora muriese, se iría
al cielo... se salvaría...—
¡Mi padre se condenó!

ESCENA XI.

FENGO, levantándose poco despues de irse HÁMLET.

Quiero rezar y no puedo:
Dios á escucharme se niega,
notando que á Él no me entrega
la contricion, sino el miedo.

Y pues su desprecio toco,
busquemos otra salida:
yo quiero salvar mi vida,
el medio me importa poco.
Elijamos uno... ¡Cuál?...
Eh! calma. ¿Qué voy á hacer?
Lo primero es conocer
las proporciones del mal.
El miedo que mi alma siente
acaso las exagera;
posible es que todo fuera
casualidad solamente...
Y en fin, yo no me acomodo
á soportar tal desgracia
sin saber si existe. Audacia,
y averigüémoslo todo.
Si he perdido la partida,
ocioso el mal no prevengo.
A luchar, á luchar, Fengo!
La vida vale la vida.

ESCENA XII.

FENGO y POLONIO, por la izquierda.

POLON. Señor...
FENGO. ¿Qué quieres?
POLON. La Reina
pide que la deis permiso
para veros.
FENGO. Está bien.
Ven acá, Polonio amigo...
(Éste puede serme útil:
siempre me mostró cariño

y, sobre todo, no cabe
la malicia en su sencillo
corazon. Sin gran trabajo
lo engañaré á mi capricho.)
Escucha.

POLON. ¿Qué me mandais?

FENGO. ¿Puedo yo contar contigo?

POLON. Mi vida es vuestra; tomadla.
Lo propio no hay que pedirlo.

FENGO. Bien... La locura de Hámlet
es un constante peligro
para el reino.

POLON. ¿Por qué causa?

FENGO. Su pensamiento contínuo
es mi muerte.

POLON. ¿Vuestra muerte?
No puede ser... ¿Qué motivos
tiene para desearla?

FENGO. A mi entender, uno, hijo
de su demencia. ¿Recuerdas
la historia que aquí has leido
há un rato por órden suya?

POLON. Sí... la del Rey asesino
de su hermano...

FENGO. Pues el Príncipe
en su loco desvarío,
dando forma á los sucesos
pintados en ese libro,
cree... ¡que yo he envenenado
traidoramente á Horvendilo!!...

POLON. ¡Dios del cielo! ¿Estais seguro?

FENGO. No lo estoy... y necesito
salir de esta incertidumbre,
y con el medio no atino.
¿Tú das con él?

POLON. Aguardad...

Uno se me ocurre.

FENGO. Dílo.

POLON. Que su madre le interrogue
con maña...

FENGO. No desestimo
tu idea, pero...

POLON. Con ella
siempre será más explícito
que con nadie.

FENGO. Ciertamente... (Recapacitando.)
Mas no hay que echar en olvido
que es su hijo al fin, y el deseo,
en una madre justísimo,
de no separarse de él,
— como sería preciso
á ser ciertos mis temores,—
la impulsaria de fijo
á ocultarnos la verdad.
Si halláramos un arbitrio
para escuchar lo que hablen
sin ser del Príncipe vistos...

POLON. Este camarin...

FENGO. Bien dices!
Tras el tapiz escondidos
lograremos nuestro objeto.

(Descorriendo el de la puerta del fondo derecha: el público ve perfectamente una habitacion pequeña, cerrada y oscura.)

Llama á la Reina ahora mismo,
y dí á Hámlet que su madre
le está esperando.

(Polonio se va por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

FENGO.

Éste es mio.
Nécio! No le apartaré
de mí, por si sus servicios
pueden... — Gunhilda... Con ella
obrar debo de distinto
modo. Há tiempo que recelos
con mi conducta la inspiro...
Procedamos con cautela:
si ya no lo fuí dormido,
no vaya yo á ser mi propio
delator como Basilio.

ESCENA XIV.

FENGO y GUNHILDA, por la izquierda, primer término, seguida de POLONIO, que se va por la derecha.

GUNHIL. Fengo, deseaba que hablásemos.
FENGO. Yo tenía igual deseo.
GUNHIL. Quiero que me digas...
FENGO. Sólo
decirte una cosa quiero.
Y esa es que he determinado
no transigir por más tiempo
con los desmanes de Hámlet.
Antes de acudir á medios
que repugnan al cariño
que te tengo y que le tengo,
he querido que tú, usando
de tus sagrados derechos
de madre (los cuales yo

usurparte no pretendo),
le reprendas fuertemente.
Con esta intencion le he hecho
llamar; y para que cumplas
bien mi mandato, te advierto
que yo oiré lo que le digas
desde el vecino aposento.

ESCENA XV.

DICHOS y POLONIO, que salió por la derecha momentos ántes de que acabase de hablar el Rey.

POLON. El Príncipe viene al punto.
FENGO. (A Polonio.) Ven entónces. (A Gunhilda.)
Hasta luego.
(Fengo y Polonio entran en el camarin.)

ESCENA XVI (*).

GUNHILDA.

¿Qué pasa aquí? No lo sé...
Algo que quiero y no puedo
adivinar... Tengo miedo
á la duda y á la fe.
¿Fe en quién y miedo de qué?...
Razon, sin rumbo navegas,
y neciamente te entregas
á tus conjeturas locas,
porque no ves lo que tocas,
como el que camina á ciegas.

(*) Este monólogo, que únicamente sirve para explicar la situacion moral de la Reina, puede y debe suprimirse en la representacion, haciendo una ligera pausa entre las escenas XV y XVII.

¿Dice el Rey bien? ¿Es ficcion
del Príncipe la demencia?
Ningun motivo evidencia
tan rara imaginacion.
Pero... ¿dió Fengo ocasion
á su ira? ¿Quiere acabar
con él?... ¿Pretende limpiar
de obstáculos su camino?...
A medida que adivino,
voy temiendo adivinar.

Y exige su insensatez
que le reprenda... ¡Si creo
que se esconde á ver al reo
hacer cargos á su juez!
¿Tengo derecho tal vez
para reprenderle yo?
¿Yo!... La mujer que olvidó
obligaciones tan altas!...
— Yo estoy cierta de mis faltas;
pero de las suyas, nó.

ESCENA XVII.

GUNHILDA y HÁMLET, por la derecha; FENGO y POLONIO, ocultos.

GUNHIL. (Viendo á su hijo.)
Ya llega... Aunque es enorme mi pecado,
el castigo á la culpa excede ahora.—
Hámlet...

HÁMLET. ¿Me habeis llamado...

GUNHIL. (Sín saber cómo empezar á hablar.)
Te he llamado...

HÁMLET. Espero vuestras órdenes, señora.

GUNHIL. Ven... Yo á tu noble corazon invoco...

Escucha mis palabras con sosiego...
Tengo que reprenderte... — Me equivoco:
tengo que hacerte un ruego.

HÁMLET. (Humilde.)
Si acaso contra vos he delinquido,
reprendedme, señora, como os cuadre:
ya mi perdon á vuestras plantas pido.

GUNHIL. Muy ofendido tienes á tu padre...

HÁMLET. (Interrumpiéndola con ira.)
¡Eso me decís vos?... ¡Muy ofendido
teneis al mio, madre!

GUNHIL. Hijo!... ¿Ultrajarme así tu lengua osa?
¿Te olvidas de quién soy?

HÁMLET. ¿Cómo pudiera
olvidarlo jamás aunque quisiera?
Vos sois la Reina, de mi padre esposa
ayer, hoy de un hermano del que ha muerto...
(Dando á la palabra «hermano» una expresion de sombrío sarcasmo.)
Es cierto... ¡y ojalá no fuera cierto!
¡Eh! sois mi madre.

GUNHIL. (Llorando.) ¿Y me hablas de ese modo?

HÁMLET. (Dominándose.)
Tal vez tengo derecho para todo...
pero el hijo á abdicarlo se resigna
y á hablaros con respeto se somete.
Miéntras más os respete,
tal vez pueda teneros por más digna.
Un tiempo, madre, con dolor lo digo,
hasta á no amaros me sentí dispuesto:
al veros hoy, la saña á que dí abrigo
ha dejado á la lástima su puesto.
¡Infeliz! Ciega, loca, enamorada,
todo lo despreciásteis por un hombre;
al lado de su amor no fueron nada
la paz del alma, el esplendor del nombre...

Y en su infamia orgulloso, satisfecho
el corazon, le dísteis vuestra mano
para subir á profanar el lecho
y el trono de su hermano!
(Gunhilda baja la cabeza.)
Castigo el crímen mismo á Dios pedía,
que fiero por demás lo prevenía
en sus leyes justísimas y extrañas...
¡La falta su castigo en sí tenía
como una madre el hijo en sus entrañas!—
¿Sabeis lo que habeis sido para el hombre
que hoy os llama su esposa,
y por el que mirásteis desdeñosa
la paz del alma, el esplendor del nombre?...
¿Quizás mujer con fanatismo amada
veinte años en la sombra del misterio?...
¡No! ¡Nada más que miserable grada
por que se sube al trono de un imperio!

GUNHIL. ¡Oh!...

HÁMLET. ¿No visteis qué efecto le produjo
la historia hace un instante aquí leida?
¿De mi voz no le vísteis al influjo
temblar como la hiena sorprendida?
¿No os dice el miedo que hácia mí revela,
que teme el criminal, nunca tranquilo,
que se descubra, pese á su cautela,
quién fué la sierpe que mordió á Horvendilo?

GUNHÍL. ¡Él!... ¿Fengo le mató!...

HAMLET. ¡Dudais?

GUNHIL. ¡No dudo!
Esa revelacion terrible y rara
todas mis dudas con su luz aclara.

HÁMLET. ¡Madre... si el crímen separarnos pudo,
únanos la desgracia con sus lazos
más que los lazos de la sangre estrechos:
dadme de nuevo los amantes brazos

y lata al par el odio en nuestros pechos! (Abrazándola.)
¡ Vivamos vos y yo para su muerte!

GUNHIL. (De pronto, con espanto y cubriéndole la boca con la mano.)
¿Su muerte!... Oh! Calla, desdichado, calla!

HÁMLET. Y ¿por qué he de callar?

GUNHIL. (En voz baja.) ¡Por no perderte!
¡ Porque él te escucha!...

HÁMLET. (Con alegría y sacando el puñal.) Él? Ah! ¿Dónde se halla?

GUNHIL. ¡ Hámlet! (Suplicante.)

HÁMLET. Pero no hablais?...

GUNHIL. Oh qué tormento!...

HÁMLET. ¡ Ya estar muerto podría!
(Notando movimiento en el tapiz y ruido dentro del camarin.)
Ese tapiz se mueve!... ¡Ese aposento
lo encierra!

GUNHIL. ¡ Nó! (Abrazada á las rodillas del Príncipe.)

HÁMLET. Si me faltára aliento,
vuestra flaqueza ruin me lo daría!
(Desasiéndose de su madre, despues de rechazarla, derribándola en tierra y lanzándose al camarin, cuyo tapiz descorre.)
Aquí está! — No hay salida!
(Aparece Polonio en el fondo del camarin, cubierto con el manto del Rey: Hámlet se detiene un momento en la puerta.)
— ¡ Él es! Dios quiere
que mueras á mis manos!

GUNHIL. (Incorporándose, en el colmo del pavor y de la angustia.)
¡ Hámlet!

HÁMLET. (Clavando su puñal en el pecho de Polonio.) — Muere!
¡ Padre, descansa en paz: ya estás vengado!

POLON. (Dando un grito, avanzando al umbral de la puerta y soltando el manto. Hasta ahora, ni Hámlet ni el público deben haberle reconocido, y todo se habrá verificado con la mayor rapidez posible.)
Ah!...

HÁMLET. Polonio!

GUNHIL. ¡ Jesús!

HÁMLET. ¿Qué es lo que he hecho?

(Bajando horrorizado al proscenio; allí permanece lo que resta del acto, rígido, inmóvil, helado de terror.)

POLON. Salid, salid, señor... ya no hay cuidado...
ya se halla desarmado:
¡yo tengo su puñal dentro del pecho!

(Adelantando algunos pasos con planta insegura y cayendo al suelo, con la mano siempre en el puñal. Fengo sale cautelosamente del camarin, recoge el manto, y, sin dejar de mirar á Hámlet y á la Reina, se va por el fondo, izquierda, volviendo á entrar á los pocos momentos.)

Mis hijos...—Yo he salvado vuestra vida...
¡Traedme á mis hijos!...

ESCENA XVIII.

DICHOS, FENGO, DAMAS, CORTESANOS y GUARDIAS, que entran precipitadamente; luégo OFELIA y más tarde HORACIO. Todos por el fondo.

FENGO. ¡Por aquí!... ¡En seguida!...
Conducidle á su lecho...

POLON. Es tarde... (Buscando á sus hijos con los ojos.)
—No los veo... Dios... Yo espiro...
Ofelia... Horacio!... Ah!...

(Irguiéndose con la violencia de la última convulsion y cayendo muerto.)

OFELIA. (Saliendo.) ¡Padre!... ¡Qué miro!
Muerto! Ay de mí!...

(Cae desmayada en brazos de una de las damas.)

HORAC. (Rompiendo por medio de todos, con el cabello en desórden y el rostro desencajado.)

¡Mentís! Eso no es cierto!

(Viendo á su padre.)

Ah! ¿Quién le ha muerto! Pronto! ¿Quién le ha muerto?

FENGO. (Yendo á adelantarse.)
Es...

GUNHIL. (Con viveza al oido de Fengo, que baja silencioso la cabeza.)
(Fengo, yo hablaré como tú hables.)

HORAC. ¡No me decís su nombre, miserables?...
Yo hallaré al vil traidor, aunque encerrado
bajo la tierra esté! Yo os lo aseguro!
¡Padre, sobre tu cuerpo ensangrentado,
la muerte dar á tu asesino juro!
(Extendiendo el brazo con solemnidad. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Habitacion de paso, cuyas paredes están cubiertas por tapices.—Dos grandes puertas, abiertas, á los lados.—La accion de este acto comienza á las seis de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

GUNHILDA y HÁMLET.

GUNHIL. No, Hámlet; si esa pasion
que hoy recuerdo con sonrojos
—pasion que á mis propios ojos
mi difícil situacion
disculpaba,—me hizo un dia
aceptar como un sosten
la mano de Fengo, en quien
ver el salvador creia
del reino, y tu ángel custodio,
hoy, cuando al fin he tocado
mi yerro, se ha trasformado
en repugnancia y en ódio.
HÁMLET. Pues ¿por qué con tal vehemencia
quereis hacerme cejar
en mi deber?
GUNHIL. Por librar
tu amenazada existencia

de la ira de ese traidor
tan cobarde como artero.
Mi odio hácia él es grande; pero
mi amor hácia tí es mayor.
Y él es dueño de tu suerte;
sabe que matarle piensas,
y cuenta con mil defensas
y mil medios de perderte,
que su omnímodo poder
fáciles le proporciona.
¿Y tú? La misma persona
que te aseguraba ayer
el triunfo, el bravo guerrero
á quien su ejército adora,
Horacio, el ídolo ahora
de Elsingor, será el primero
que á su intencion contribuya
y á darte muerte se arroje
cuando á Fengo se le antoje
colocarle en contra tuya.
Si aún permanece sujeto
por su ignorancia, despues
podrá no estarlo: ¡el rey es
el dueño de ese secreto!
Oh! si su saña no esquivas,
no hay duda, perdido eres.

HÁMLET. ¿Y qué quereis vos?

GUNHIL. ¿Qué quieres
que quiera yo? ¡Que tú vivas!
Que no te haga tu locura
comprar la necia esperanza
de una imposible venganza
con una muerte segura.
¡Que huyas de aquí! Yo hablaré
á Fengo, y sabré prudente
conseguir de él que no atente

á tu vida: le diré...
HÁMLET. ¡Callad, señora, callad,
que siento que á arder comienza
mi rostro, y es de vergüenza
por vuestra debilidad!
El cielo con un portento
admirable, sin segundo,
quiso hacerme en este mundo
de su justicia instrumento.
Aunque en la lucha á una herida
siempre sigue otra más fuerte,
ninguna me da la muerte...
(Con amarga conviccion.)
¡nada puede con mi vida!
Y me dice el corazon
que el cielo me hace vivir
no más que para cumplir
la sagrada obligacion.
Aún estoy vivo: no puedo
pensar en ceder.
GUNHIL. ¡Por Dios,
hijo!...
HÁMLET. ¿Teneis miedo vos?
GUNHIL. ¡Dice que si tengo miedo!...
Me ve llorando... me ve
oprimida por el yugo
que me coloca el verdugo
de mi honor y de mi fe...
Considera que es su amor,
del que llena mi alma está,
el solo afecto que ya
puedo sentir sin rubor...
Ve que va á morir... repara
que mi vista el riesgo advierte...
me deja... corre á la muerte...
¡y me echa mi miedo en cara!

HÁMLET. (Venciéndose.) El miedo en vos mal no sienta,
mas ved que es esa pasion,
en las hembras, condicion,
en los varones, afrenta.
Yo debo ser á su instancia
sordo.

GUNHIL. Sí... yo soy mujer,
y no acierto á comprender
esa bárbara constancia.
Soy cobarde y tiemblo... sí,
tengo miedo, lo concedo;
pero, Hámlet, este miedo
no es por mí, sino por tí.
Por salvarte yo daria
(sin que ello valor arguya)
mi propia vida, que es tuya;
la tuya nó... ¡esa es la mia!
Y yo la sabré librar,
aunque en la demanda muera,
del Rey, de tí... ¡de cualquiera
que me la venga á robar!
(Movimiento de Hámlet; Gunhilda le detiene.)
No... no te irás hasta tanto
que lo que pido me des.
Yo me arrojaré á tus piés...
Los bañaré con mi llanto... (Arrodillándose.)
¡Verás como encuentro modo
de conmoverte!... ¡Verás
como al fin cedes... — ¿Te vas!...

HÁMLET. (Haciendo un violento esfuerzo y desasiéndose de su madre.)
Dejadme! Es inútil todo!

GUNHIL. (Alzándose llena de angustia y de indignacion.)
¿Todo inútil!... — A tu padre
le dió la muerte su hermano...
Tú eres aún más inhumano:
¡tú estás matando á tu madre!

HÁMLET. ¡ Oh !... (Rompiendo á llorar.)
GUNHIL. (Contemplándole con arrobamiento.)
¡ Llora !...
HÁMLET. ¡ Me haceis pedazos
el corazon !
GUNHIL. Sí... ya cede !
HÁMLET. ¡ Eso nó ! (Recobrando de pronto su energía.)
GUNHIL. (Sin oirle, loca de alegría, besando y abrazando á su hijo.)
¡ Ya nada puede
arrancarle de mis brazos !
Gracias ! Gracias !...
HÁMLET. (¡ Qué suplicio !)
Madre... Esa accion es opuesta...
GUNHIL. Sí... ya sé lo que te cuesta
tan heróico sacrificio...
Gracias ! — Tal vez te hacen daño
mis impulsos de placer...
¡ No los puedo contener !
HÁMLET. (¿ Y cómo la desengaño ?)
GUNHIL. La dicha en mi alma rebosa.
HÁMLET. (Mejor es que en su error siga;
esto á mí á nada me obliga
y á ella la hace venturosa.
Con el silencio concilio
mi deber y su sosiego.)
(Dando un paso para irse.)
GUNHIL. Te marchas ?... Vuelve aquí luégo.
(Hámlet hace un ademan de asentimiento y se va por la izquierda.)

ESCENA II.

GUNHILDA y en seguida FENGO.

Vamos, y Dios me dé auxilio!
(Yendo á salir por la derecha, y encontrándose con Fengo, que sale por el mismo lado precedido de dos guardias y escoltado por otros dos.)
El rey! — En tu busca iba.

FENGO. Yo tambien iba en tu busca. (Con calma.)
GUNHIL. Necesitaba que hablásemos...
FENGO. Hablemos.
(Los guardias se han retirado á una seña del Rey.)
GUNHIL. ¿Aquí?...
FENGO. Sin duda.
GUNHIL. Para un secreto, este sitio...
FENGO. Es el mejor. Su estructura
nos defiende de curiosos; (Con intencion.)
y si acaso nos ve alguna
persona, no es de temer
que á nuestra cita atribuya
importancia. Los secretos
á la luz, que así se ocultan.
GUNHIL. (Con enojo mal reprimido.)
Fengo... aunque pudiera hacértelas,
no esperes de mí importunas
acusaciones ahora.
FENGO. Perdona que te interrumpa.
¿Tú me has juzgado capaz
del crímen de que me acusa
Hámlet?
GUNHIL. ¿Yo!...
(Desconcertada por la serenidad de Fengo.)
FENGO. (Con altanería.) Quien, como yo,
tiene la conciencia pura,

no necesita defensas
para imaginarias culpas;
pero debe rechazar
enérgico la calumnia,
por si el silencio autoriza
lo que la maldad imputa.

GUNHIL. (Villano!...)

FENGO. Hámlet, movido
de una ambicion que repugna
los medios que buscaría
seguramente á ser justa,
subir al trono desea.
Olvidado de las muchas
obligaciones que tiene
para conmigo, procura
mi muerte, y, por escudarse
mañana, su rencor funda
imaginando una fábula
tan indigna como absurda.
Absurda, sí: ¿dónde están
las pruebas?...

(Con audacia: respirando despues libremente al ver que Gunhilda calla.)

(Nó, no hay ninguna.)
Anoche cerró mis labios
mi debilidad estúpida
hácia él: hoy, más sereno,
escojo distinta ruta.
Mi existencia amenazada,
la justicia, la paz pública
y la sangre de la víctima
inocente de su furia,
piden su castigo á voces...
Yo, por más que la halle dura,
soy rey ante todo, y debo
hacer que la ley se cumpla.

GUNHIL. ¡Qué horror!... (Anonadada.)
FENGO. Para darte cuenta
del suceso iba en tu busca.
¿Qué querias tú? ¿Insultarme?...
GUNHIL. Nó... dirigirte una súplica. (Humilde.)
FENGO. ¿Sobre esto mismo?
GUNHIL. Sí.
FENGO. ¿Acaso
pretendes hallar disculpa
á tu hijo?
GUNHIL. Oh, sí!
FENGO. ¿Y... cuál es?
GUNHIL. Que... (Conteniéndose.) que es mi hijo.
FENGO. Esa es la única.
GUNHIL. Bien... Hámlet saldrá mañana
del reino, si le aseguras
dejarle partir en paz.
FENGO. ¿Hámlet!... (Asombrado de lo que oye.)
(¿Esto es una astucia
para perderme? Veremos.)
GUNHIL. Déjale marchar, y oculta
á Horacio quién á su padre
dió muerte... Mira mi angustia.
Déjale vivir...
(Yendo á arrodillarse, Fengo la detiene despues de haberla observado con atencion.)
FENGO. Levanta
del suelo, infeliz criatura.
(Con afectada consideracion.)
Aunque tú para tu esposo
te hayas vuelto tan injusta,
su corazon no ha aprendido
aún á negarse á tus súplicas.
Dí al Príncipe, de mi parte,
que mañana, apénas luzca
el primer rayo del sol,

partirá á Escocia con una
embajada para el Rey.
Y á más, por si no renuncia
á la idea de matarme
sorprendiéndome, procura
hacerle entender que he escrito
un pliego: apénas sucumba
yo á sus manos, ese pliego
lo tendrá Horacio en las suyas,
y allí leerá quién mató
á Polonio.
(Clavando en Gunhilda una mirada investigadora.)
(No se turba.)

Gunhil. Bien.

Fengo. (No debo temer nada:
sólo el miedo los impulsa.
¡Miserables!...) La partida
mañana. (Gunhilda hace un gesto afirmativo.)
(La vuelta, nunca.
El mar es profundo, y calla
los secretos que sepulta.)
(Retirándose por la derecha.)

ESCENA III.

GUNHILDA.

(Respirando libremente.)

Él vivirá!... Yo... yo debo
seguir aquí. Mientras corra
su existencia algun peligro,
á mí guardarla me toca.
Despues... — Pensemos despues
en despues, y ahora en ahora.

ESCENA IV.

GUNHILDA y HÁMLET, por la izquierda.

GUNHIL. Hijo, Fengo accede á todo,
siempre que partas á Escocia
mañana mismo.
HÁMLET. ¿Mañana?
Descuidad... (Tiempo de sobra
me queda.)

ESCENA V.

DICHOS y HORACIO, vestido de luto como Hámlet, por la izquierda.

GUNHIL. (Con inquietud.) Horacio... ¿á quién buscas?
HORAC. Busco á mi hermana, señora.
Creo que ignorais el nuevo
infortunio que me agobia.
Muerte han dado á mi buen padre,
y mis miradas no logran
hallar al hombre que ataca
y se defiende en la sombra.
No cabe una desventura
mayor, pero cabe otra:
la pobre Ofelia, rendida
por el pesar, está loca.

(Gunhilda se acerca á Horacio con interés: Hámlet, despues de estremecerse, baja la cabeza y llora.)

Vuelta del mortal desmayo,
durante la noche toda
veló el cuerpo de su padre;

y hoy, cuando llegó la hora
de cubrirle con la tierra,
le acompañó hasta la fosa.
Al ir, lloraba: al volver
de la triste ceremonia,
sus lágrimas alternaban
con carcajadas sardónicas.
Hablóme sin conocerme,
dando extravagante forma
á sus ideas, mezcladas
en confusion espantosa.
De repente se desvía
de mí corriendo: no torna.
La busco, no doy con ella,
y dar con ella me importa.
Ya reunidos los parientes
de mi padre, y las personas
que en vida mayor cariño
le mostraron siempre, próxima
la hora del festin del duelo,
juzgo que existe notoria
precision de que encubramos
á las miradas curiosas
ella su nueva desdicha,
yo mi dolor y mi cólera.
El rey preside el festin: (A Hámlet.)
si esto á vos no os ocasiona
molestia, yo desearía
que me otorgáseis la honra...

HÁMLET. Iré, Horacio. (Apuraré
hasta las heces la copa.)

ESCENA VI.

DICHOS y OFELIA, que sale por la derecha vestida de blanco, el cabello suelto, y con una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.

OFELIA. (Declamando con cierta canturía.)
«¿Preguntais, señora,
en qué al que me ama
distingo de léjos
con una mirada?
En los escarceos
de su yegua blanca,
y en el negro manto
que flota á su espalda.»
(Reparando en los que la rodean, con sorpresa y temor.)
Ah! dejadme, señores,
que traigo el faldellin lleno de flores.
¡No las toqueis, que vais á deshojarlas!
(Ocultándolas.)
Si me ofreceis cuidarlas
bien, yo os daré cuantas querais: lo juro!
(A Gunhilda, con mucha bondad.)
Tomad vos esta rosa.
Ved qué flor tan hermosa:
qué perfume tan puro,
y qué matiz tan bello!...
Permitid que os la prenda en el cabello,
que os hará gracia al rostro, de seguro.
(Colocándosela y satisfecha de su trabajo.)
¡Ajá!... Tomad tambien una amapola...
¡Qué! ¿No quereis tomarla?
(De pronto, como quejosa.)

GUNHIL. Sí, hija mia.

OFELIA. (Mostrándole el faldellin, ocultando en seguida sus flores y retirándose.)

Mirad! ¡Me quedan muchas todavía!
Pero son para mí, para mí sola.
(A Horacio, que se aparta conmovido.)
Vos no os vayais... Venid... Dadme ese gusto;
que ni faltar á mi promesa es justo,
ni os alcanzan á vos mis negativas...
Yo os lo prometo por la Vírgen santa.
Tomad ciprés... laureles... siemprevivas...
(Recapacitando.)
Siemprevivas... Me han dicho que esta planta
ayuda á la memoria. (Llamándole y dándole una.)
¡Ts!... Esperaos!
Tomad, amigo mio... y acordaos!... — (A Hámlet.)
¿Y vos nada quereis, gentil mancebo,
el de los enlutados atavíos?...
Mirad qué hermosos pensamientos llevo!...
(Mostrándole los que lleva prendidos en el pecho, que luégo se quita y le da. Al quedar el faldellin suelto, se derrama en el suelo cuanto hay en él.)
¿Quereis uno? Eh! más de uno daros debo.
¡Tomadlos! Vuestros son todos los mios!
— ¿Os gustan las violetas? Las tenía
preciosas en mi huerto... Yo queria
adornarme con ellas en mis bodas;
pero... (Con mucha tristeza.)
murió mi padre... y aquel dia
se marchitaron todas.
(Con viveza.)
Mi padre! Vos debeis saber quién era.
Murió!... (Enmudeciendo y llorando.)

GUNHIL. No llores... Tu afliccion mitiga...
(Acercándose á Ofelia, que la rechaza con enfado.)

OFELIA. ¿Quién sois vos que me hablais de esa manera?
¿Qué quereis? Idos! Idos!

HORAC. Considera

que es la Reina.

OFELIA. (Sin comprender: suspensa.)
¿La Reina?...

GUNHIL. Nó, tu amiga.
(Abrazándola: Ofelia la mira sonriéndose y dice:)

OFELIA. «¿Preguntais, señora,
en qué al que me ama
distingo de léjos
con una mirada?
¡En los escarceos (Con pasion.)
de su yegua blanca,
y en el negro manto
que flota á su espalda!...

GUNHIL. Y ¿á qué viene ahora esa cancion? Contesta.

OFELIA. ¿No os ha gustado?... Bien...
(De pronto.) Escuchad esta!
«Ya murió. Ya nunca
podré verle yo.
Su madre la tierra
su seno le abrió,
y el húmedo musgo
su frente cubrió...
Já, já, já!... (Dando carcajadas.)

GUNHIL. Ofelia!... (Reponiéndose.)

OFELIA. Chist! No he concluido
aún... Dejad que concluya... Yo os lo pido.
«Su madre la tierra
su seno le abrió,
y el húmedo musgo
su frente cubrió.
(Cambiando repentinamente de tono y de cancion: mucha alegría.)
¡Doncellas, vestidme
mi traje nupcial!
¡Ornadme el cabello
de cándido azahar!

Me aguarda el esposo
que el cielo me dió...
¡No cabe en el mundo
ventura mayor!

(Pequeña pausa, en que su imaginacion parece vacilar entre mil ideas diferentes: despues dice con aturdimiento y alegría:)

Su madre la tierra
su seno le abrió...
¡No cabe en el mundo
ventura mayor!»
Juzgad si es motivada mi alegría.
¡Un príncipe mi esposo! El rey ha dado
para ello su permiso...

(Transicion.)

Pero... á mi pobre padre le han dejado
sobre la tierra fria...

(Como si viera realmente el cuerpo de su padre; cayendo de rodillas.)

Mi hermano Horacio lo sabrá: preciso!

(Saliendo bruscamente de su éxtasis y alzándose del suelo.)

Adios! Me voy! El Príncipe me espera!

(Yéndose y volviendo.)

¿Sabeis dónde? ¿Quereis que os lo refiera?

(Trayéndolos al proscenio; hablando con mucho misterio.)

¡Oid! Del bosque entre lo más sombrío,
orlado de silvestres florecillas,
hay un sereno lago: á sus orillas,
una noche de estío
él me dijo su amor... y supo el mio.
¡Cuántas veces, trepando
por la roca que todo lo domina,
del agua en la planicie cristalina
nuestras propias imágenes mirando,
ambos pensamos, con la dicha pura
de un bienestar tan santo y tan profundo:
«¡Esos son los dos séres que en el mundo

han podido igualar nuestra ventura! »
Hoy, llorando con triste desconsuelo
el desden que mi amor obtuvo en pago
de su lealtad, por divertir mi duelo,
me dirigí al jardin: piadoso el cielo
encaminó mis plantas hácia el lago;
y al contemplar, trepando por la roca
que todo lo domina,
del agua la planicie cristalina,
con alegría loca,
que es imposible ya que tenga creces,
miré su rostro allí... como otras veces!...
y escuché estas palabras de su boca:
« Ofelia, ven con Hámlet, que te ama
y su mano de esposo te presenta... »
(Deteniéndose y prestando atencion.)
¿Oís?... Es su voz! El Príncipe me llama!...
El pobre se impacienta...
—¡Voy!—Ya me he puesto mi mejor vestido
y mis joyas mejores...
(Contemplándose con satisfaccion.)
Por fuerza ha de agradarle mi prendido...
Yo la belleza eclipsaré de todas!...
—Mi carroza!—Ya voy!—Vamos, señores...
¡Venid! Venid á presenciar mis bodas!
(Alejándose precipitadamente. Horacio va á seguirla: Gunhilda le detiene.)

ESCENA VII.

GUNHILDA, HÁMLET y HORACIO.

GUNHIL. Voy tras ella á cuidarla: tú ¿á qué quieres
venir? Déjame sola: las mujeres

sabemos de esto más. (Saliendo.)

HORAC. Págueos el cielo
las atenciones que de vos recibo.

(Sombrío, y siguiendo á Ofelia con la vista. Hámlet hace otro tanto desde su sitio.)

¡Y el hombre que ha causado tanto duelo
¿podrá vivir!... Oh, sí: ¡yo tambien vivo!

ESCENA VIII.

HÁMLET y HORACIO.

Están algo separados. Se miran, en silencio, por un momento; luégo corren el uno al otro, como impulsados por un resorte, y se abrazan sollozando.

HÁMLET. ¡Hermano mio!

HORAC. Señor!...

(Despues de una ligera pausa: ya desasidos, y reparando en Hámlet y en sí mismo.)

¡Ambos de luto!...

HÁMLET. (Con voz apagada.) Sí tal.

HORAC. Nuestro dolor es igual!...
¡Qué inmenso es vuestro dolor!

(Hámlet baja la cabeza.)

Así lo quiere el destino
y hoy á comprenderlo acierto.

HÁMLET. ¡Oh!...

HORAC. Vuestro padre fué muerto
á manos de un asesino.
Descubierta la asechanza,
fuí yo ayer á veros cuando
os hallábais meditando
en vuestra justa venganza;
y sintiendo la zozobra

de perecer en la empresa,
me exigísteis la promesa
de proseguir vuestra obra.
¿No fué así?... Hablad.

HÁMLET. (Confuso.) Sí por Dios.
Y hoy quieres...

HORAC. (Con altivez.) Hoy he querido
recordaros lo ofrecido,
por si lo olvidásteis vos!
Á mi compromiso fiel,
no lo excuso, lo rehago;
mas esto merece un pago.
y vengo, señor, por él.
Siempre noble os imagino
y estoy de lograrlo cierto.

HÁMLET. Acaba... (Inquieto.)

HORAC. Mi padre ha muerto
á manos de un asesino,
como el vuestro... Mi menguada
estrella le favorece,
y... mirad! aún permanece
limpia la hoja de esta espada.
Yo ayer os quité el temor
de morir sin ser vengado,
y hoy me contemplo asaltado
de igual zozobra, señor.
¡Ayudadme á descubrir
dónde mi enemigo pára;
y en caso de que llegára
yo en esta lucha á morir,
hacedme ante Dios, testigo
ayer de mi ofrecimiento,
el solemne juramento
de matar á mi enemigo!

HÁMLET. ¿Yo!...

HORAC. Disipad mi inquietud.

¡Jurad!...

HÁMLET. ¡Horacio!...

HORAC. (Con dolorosa sorpresa.) ¿Os negais?...
¿Sois honrado... y rechazais
las deudas de gratitud!...
¿Esquivais una contienda?
¡Príncipe... ¿qué es esto!

HÁMLET. (Con horrible ironía.) ¡Miedo!

HORAC. ¡Mentís!!
(Con impetuosa cólera, primero; con generoso respeto despues.
—Perdon!... Yo no puedo
dejar que nadie os ofenda...
ni vos mismo! Y si seguís
calumniándoos de ese modo,
atropellando por todo
repetiré que mentís!

HÁMLET. Horacio... enfrena tu ardiente
cólera... yo te lo pido...
¿Quién sabe si el que has creido
criminal, es inocente?

HORAC. ¿Qué es lo que decís!...

HÁMLET. Quizás
más que tú su error deplora,
y está padeciendo ahora
más que tú... (Movimiento de Horacio.)
¡mil veces más!
Da entrada á la compasion
en tu alma.

HORAC. No queda espacio.

HÁMLET. Dále tu perdon, Horacio!...

HORAC. (Exaltándose por grados.)
¡Perdon? ¡Perdon!...—¡Qué es perdon?...
¿Se ha llevado el Rey de aquí
el perdon de sus ofensas?

HÁMLET. ¡Cómo! ¿Eso tú de mí piensas?

HORAC. ¿Y eso pensais vos de mí! (Ciego de ira.

¿Creyó vuestra rectitud
que una infamia desechada
por vos, sería aceptada
por mí como una virtud?
En el febril extravío
de vuestra razon, ¿soñábais
vos que á vuestro padre amábais
mejor que yo amaba al mio?
¿Llegásteis á suponer
que era hombre de más valía?
Príncipe, tanto valdria:
más, no se puede valer!
Aunque claro se me muestra,
no espereis que el riesgo eluda.
Nó! Pediré á Dios su ayuda,
que vale más que la vuestra,
y Él camino me abrirá!...
—Reposa en paz, padre amado;
lo jurado está jurado:
tu asesino morirá.

HÁMLET. ¡Recoge ese juramento!
Yo su injusticia te aviso.

HORAC. Lo haré otra vez si es preciso,
(Extendiendo el brazo.)
y otra! y otra! y otra! y ciento!

HÁMLET. Oh!...

HORAC. Vuestro rostro se altera...
¡Vos sabeis...—Pronto! Su nombre...
¡Su nombre!

HÁMLET. Nunca!—¡Si ese hombre
ni puede morir siquiera!

HORAC. (Procurando dulcificar su tono. Rapidez hasta el fin de la escena.)
Su nombre!... Olvidad mi necio
y provocador lenguaje...
Sed más grande que mi ultraje,

Príncipe... — Poned el precio
que querais á mi esperanza...
Como segura la vea,
yo haré que ahora mismo sea
un hecho vuestra venganza.
Vos, solo, ¿qué hareis? Yo tengo
poder... Con una palabra
puedo yo hacer que se abra
la eternidad para Fengo.
Y si vuestra alma ambiciona
el puesto que él os robó,
con otra palabra yo
puedo daros su corona. (Pausa.)
¿Rechazais esta alianza?

HÁMLET. Sí.

HORAC. (Exasperado.) Si no hablais en seguida,
os arrancaré la vida...
(Movimiento desdeñoso de Hámlet.)
y con ella la venganza!

HÁMLET. (Con terror.) ¡Morir!

HORAC. Morir, ó decir
su nombre.

HÁMLET. ¿Perdonarás
á tu contrario?

HORAC. Jamás!
(Despues de un momento, viendo que Hámlet calla, y echando mano á la espada.)
Príncipe, vais á morir!

GUNHIL. (Dentro.) ¡Hámlet!

HÁMLET. Mi madre!... Detente...
(A un gesto de Horacio.)
¡Espera!

ESCENA IX.

DICHOS y GUNHILDA, que entra muy agitada por la derecha.

GUNHIL. Hámlet!
HÁMLET. (Corriendo á su encuentro.) Señora...
GUNHIL. Ven!
HÁMLET. ¿Qué es lo que así os azora?
GUNHIL. Un espantoso accidente...
una desgracia terrible!...
¿Tendrás valor...
HÁMLET. Hablad ya!
GUNHIL. Oye...
HORAC. (Aproximándose.) ¿Qué ha ocurrido?
GUNHIL. (Viendo á Horacio: desconcertada.) Ah!...
Horacio...
HÁMLET. Hablad!...
GUNHIL. ¡Imposible!
HORAC. (Retirándose.) Si es que os estorbo, me iré.
GUNHIL. (Cogiéndole del brazo.)
Nó... no te muevas de aquí!...
(Pausa.)
HORAC. (De pronto.) ¿Por qué me ocultais á mí
esa desgracia?
GUNHIL. Por qué... (Buscando palabras.)
HORAC. Decídmelo!
GUNHIL. No podria.
HORAC. ¡Insufrible pertinacia!
¿Ha ocurrido una desgracia?
Pues hablad: ya sé que es mia!
En mí han llegado ya á ser
ordinarias las más graves.

Ofelia ha muerto. (Con conviccion.)
HÁMLET. ¿Eh!...
GUNHIL. ¿Tú sabes?...
HORAC. ¿Qué otra cosa puede ser!
HÁMLET. (Ansioso.) Se engaña... Eso no es verdad...
No debemos darle asenso...
Eso fuera un mal inmenso!...
HORAC. Por eso es verdad. Hablad!
GUNHIL. (Con voz entrecortada por la emocion. Á cada palabra suya va disminuyéndose la energía de Horacio.)
Salí de aquí detrás de ella
sin encontrarla... por fin
logro verla en el jardin.
Corre... yo sigo su huella...
Por más esfuerzos que hago
no la alcanzo... Se coloca
sobre la empinada roca
que hay á la orilla del lago...
A los gritos que yo doy
el rostro vuelve, y exclama:
« Está aquí... Vedle... Me llama...
Voy, amado mio, voy! »
Una sonrisa animó
sus labios marchitos, yertos...
y con los brazos abiertos
en el lago se arrojó!
HÁMLET. ¿Y...
HORAC. Murió?...
GUNHIL. Inútil fué cuanto
se hizo; el abismo la esconde.
HÁMLET. (Gritando.)
¡ Ofelia!... — Ya no responde!
HORAC. (Llorando.)
¡ Hermana!... — ¿Veis este llanto?
Es del dolor un alarde
porque al fin vencerme puede;

con él saldrá cuanto quede
en Horacio de cobarde!
(A Hámlet.) ¿Vos la amabais?

HÁMLET. ¡Ay de mí!
¡Si la amaba!... ¡Ofelia mia!
Mi corazon no latía...
¡era ella... que estaba aquí!
(Llevándose las manos al pecho.)

HORAC. Bien! Y ¿seguís aún dispuesto
á amparar al miserable
traidor, al hombre culpable
de este suceso funesto?

GUNHIL. (¿Qué dice, Dios de Israel!)

HÁMLET. Voy á responderte ahora.

GUNHIL. (Hijo...

HÁMLET. Marchaos, señora:
dejadme á solas con él. (Rapidez.)

GUNHIL. Hámlet!...

HÁMLET. Idos, yo os lo ruego.

GUNHIL. Tengo miedo...

HÁMLET. ¡Qué os lo inspira?

GUNHIL. ¿Podrás conjurar su ira?

HÁMLET. Sí.

GUNHIL. Hasta luégo?

HÁMLET. Sí... hasta luégo.
(La Reina va á irse.)
Os marchais sin abrazarme?

GUNHIL. Temí...

HÁMLET. Para esto hay espacio...
(Dándola un abrazo y otros despues.)
Dadme otro... Otro más!
(A Horacio, que se adelanta impaciente.)
Horacio,
ten calma para escucharme.

HORAC. Hablad y el afan concluya!

GUNHIL. Hijo! (Apretándole las manos.)
HÁMLET. Adios, madre querida.
GUNHIL. (Saliendo por la izquierda, siempre con el rostro vuelto al Príncipe.)
Angel que guardas mi vida,
¡quédate á guardar la suya!

ESCENA X.

HÁMLET y HORACIO.

HÁMLET. Si ántes juzgué á tu enemigo
con indulgencia sobrada,
ahora no encuentro en él nada
que le absuelva del castigo.
Creo, como tú, que ese hombre
debe morir... y al momento!...
Mas yo le hice juramento
de no decirte su nombre
que yo conozco no más.
Mátame... mas considera
que esa es la mejor manera
de no saberlo jamás!
HORAC. Y aunque de vengarme trate,
¿seré para ello impotente?
¿No hay medio...
HÁMLET. Uno solamente.
HORAC. ¿Y cuál es?
HÁMLET. Que yo le mate.
HORAC. ¡Vos!...
HÁMLET. Yo, sí.
HORAC. ¿Y lo hareis?
HÁMLET. (Sonriendo amargamente.) Lo haré.
Pero á condicion, se entiende,

de otro servicio.
HORAC. ¿Depende
de mí el servicio?
HÁMLET. Sí á fe.
HORAC. Decid.
HÁMLET. Sin la dilacion
más pequeña reunirás
á tus soldados; harás
que conozcan la traicion
por que está en el trono el Rey,
y exaltada su fiereza,
te pondrás á la cabeza
de esa poderosa grey.
[Con ella eres harto fuerte
para abrirte hasta aquí paso,
si la régia guardia acaso
resistencia intenta hacerte...]
Ahora comienza el festin.
El Rey está en él: tú entras
en la sala, allí me encuentras,
y allí encuentra el Rey su fin.
¿Cuánto tiempo es menester
para esto?
HORAC. El que ha de emplear
mi mejor potro en llegar
al campamento y volver.
HÁMLET. Pues vé aprisa.
HORAC. Voy en pos
de la esperanza que anhelo!
Adios, y ayúdeme el cielo!
HÁMLET. ¡Él nos ayude á los dos!
(Se estrechan las manos y se retiran por distintos lados.

CUADRO SEGUNDO.

Se descorren los tapices y aparece la sala del festin profusamente iluminada.—Mesa semicircular, que ocupa la mayor parte de la escena dejando libre el centro y los costados, cubierta de fuentes con viandas y frutas, ánforas, copas, etc., etc., todo de lo más rico y suntuoso. El mantel, en la parte que da al público, estará prendido con una banda de tul negro, formando pabellones, sostenidos por siemprevivas. Fengo viste túnica negra debajo del manto real, y ocupa la cabecera de la mesa; en los demás asientos los parientes y amigos de Polonio, tambien de luto y coronados de ciprés, ó al ménos, con una banda negra que les cruce el pecho. Gran puerta de dos hojas en el foro; otra á la derecha, y ventana abierta á la izquierda. En las paredes, habrá algunas panóplias veladas por gasas negras, lo mismo que el sillon del Rey. Procúrese dar á este cuadro el carácter de grandiosidad que le conviene, ó cuando no otra cosa, el de seriedad que imprescindiblemente necesita.

ESCENA XI.

FENGO, PARIENTES y AMIGOS de Polonio. Servidumbre.

FENGO. Desde el sitial que ocupo, hoy revestido
de fúnebre crespon, aún no hace un dia
que el noble deudo que llorais perdido
su dichosa familia presidia.
Buen padre, amigo fiel, leal vasallo,
modelo de prudentes consejeros,
por no amenguarlos, sus elogios callo;
quisiera hallar consuelos que ofreceros...
mas para mí los busco y no los hallo.
Sólo mi vista á columbrar alcanza,
si en el nublado porvenir la fijo,
una risueña y fácil esperanza
de darle digno sucesor: su hijo,
[rastro feliz que el alma del anciano
ha dejado á su paso por la tierra.
Cási niño, al impulso sobrehumano

que el impaciente corazon encierra,
busca á su patria plácido sosiego
entre el laurel costoso de la guerra;
el indomable orgullo del Noruego
á su abatido espíritu trasplanta,
y Dinamarca la cerviz levanta.
Eso aguardar me hace
que cuando, diestro en las civiles lizas,
la experiencia al valor el tiempo enlace,
renazca en él Polonio, cual renace
el fénix inmortal de sus cenizas.]

(Murmullo de asentimiento, que el Rey observa con satisfaccion.)

Elogio ciertamente extraordinario;
el hombre lo es tambien... (Ap.) (y necesario.)
Amigos, una lágrima en memoria
del que á esperarnos en la tumba queda:
un brindis por la vida del que hereda
su limpio nombre y su preclara gloria!
Bebamos!

(Levantándose y alzando la copa; todos le imitan chocando las suyas entre sí, y al ir á beber entra Hámlet, que ha oido las últimas palabras desde la puerta.)

ESCENA XII.

DICHOS y HÁMLET, por la derecha.

HÁMLET. Deteneos un momento!
Perdonadme si soy tan poco exacto
en venir del deber al cumplimiento;
mi tardanza ha tenido fundamento.
(A Fengo.) Y vos, Señor, dejad que de este acto,
solemne y triste, contribuya al brillo
arrojando en la copa de Polonio

que vais á usar, la perla de mi anillo.
Conservadla despues, en testimonio
de gratitud.

(Cogiendo al Rey su copa, y devolviéndosela despues de echar en ella una perla que se arranca de la sortija que lleva puesta.)

Bebed.

FENGO. (Receloso.) (Muestra en que beba
empeño... ¿Es esto un lazo? Haré la prueba.)
Bebe primero tú. (Alargándole la copa.)

HÁMLET. ¡Yo?...

FENGO. Sí.

HÁMLET. ¿Primero
que mi Rey y señor?

FENGO. Él te demanda
que le des ese gusto...
(Con bondadosa energía.) ó te lo manda.

HÁMLET. Aunque yo indigno de él me considero,
insistir más no quiero
en rechazar vuestro favor, no sea
que otra vez en tal honra no me vea.
(Bebiendo y devolviendo la copa á Fengo, que la examina.)
Os doy gracias.

FENGO. (A ver... Él ha apurado
la mitad.) (Brindando.)
Por la vida y por la gloria
del ínclito soldado
gala de mi reinado,
honra del mundo, asombro de la historia.

(Apura el licor que queda en la copa. Todos se levantan y beben tambien; Hámlet abandona su asiento y queda en el hueco que forma la mesa.)

HÁMLET. Rey, ese asiento que ocupar os miro,
cual vos con negros lutos encubierto,
ántes que diera el sol un nuevo giro
otro hombre lo ocupaba... Ese hombre ha muerto.

FENGO. (Alarmado.)
¿Qué es lo que á decir vas?
HÁMLET. Algo que asombre
á todos, y quizás á alguno duela.
FENGO. ¿Eh!...
HÁMLET. Sépalo su noble parentela!
El que debió morir era otro hombre
criminal, que con bárbara cautela
resguardado en la sombra, contemplaba
cómo indefenso el mártir espiraba.

(Movimiento de indignacion en los parientes y amigos de Polonio. El Rey, despues de dirigir una mirada colérica á Hámlet, se esfuerza por permanecer impasible.)

FENGO. (¿Qué hacer?...)
HÁMLET. Hoy fija aquí su planta impura,
y audaz entre nosotros se coloca...
Piensa que su existencia está segura
el necio, y se equivoca... Oh, se equivoca!
Villano! No respondes?
Bien, basta con que escuches.
¡Por más que tú por esconderte luches,
de Dios, de mí y de tí nunca te escondes!

(Comienza á oirse y va aumentando progresivamente el rumor del pueblo que suena desde fuera. Todos se levantan. Algunos se dirigen á las ventanas y á las puertas, saliendo y volviendo á entrar. Fengo, con la indecision pintada en el semblante, no sabe qué partido elegir.)

Un hombre ha muerto... ¿Quién? Pregunta vana
cuya contestacion te diera espanto!

(Sin dirigirse todavía marcadamente al Rey.)

¿Escuchas?... Aún resuena la campana...
Aún de los sacerdotes se oye el canto...
¿Ves? Aún se mecen en el aire denso
las leves y azuladas espirales
del oloroso incienso...
¿De quién piensas que son los funerales
que hoy ve la capital de Dinamarca?...

(Con cruel sarcasmo.)

¿No los encuentras dignos de un monarca?
Haz un esfuerzo: sal del parasismo
en que se embota tu razon, y advierte
que estás vistiendo luto por tí mismo,
y que es este festin el de tu muerte!...
—¿Oyes ese clamor que airado brama
asordando el espacio?
¡Es la justicia, que inflexible llama
con su espada á las puertas de palacio!
Rey Fengo! Mira! Mira!...
(Arrastrándole de un brazo hasta la ventana.)
Son los soldados de mi buen Horacio,
ministros hoy de mi enconada ira...
Conocen tu maldad y tu impudencia,
y piden que se cumpla tu sentencia!
¿Oyes? La voz que su furor exhala,
¿no te dice, eco fiel de tu conciencia:
«¡Cain, Cain, qué has hecho de tu hermano?»
(Confusion general. El ruido de fuera es cada vez mayor.)

FENGO. (Acobardado.)
Oh!... Dadme auxilio!...

HÁMLET. En vano
reclamarás auxilio!
Estás encarcelado en esta sala,
como en su calabozo el rey Basilio...
¿Te acuerdas? Vuelto del mental trastorno,
en él encadenado se miraba;
y su pueblo, vagando de él en torno,
gritaba...

UNA VOZ. (Dentro.) Muera el Rey!

HÁMLET. (Con satánica sonrisa.) ¡Sí, así gritaba!

PUEBLO. (Dentro.) Muera! Muera!!...

FENGO. (Lanzándose á la puerta del foro. Delante de la de la derecha están agolpados los demás personajes que hay en escena.)
Mi guardia!

HÁMLET. ¡Error siniestro!

ESCENA XIII.

DICHOS, HORACIO, CAPITANES, SOLDADOS y PUEBLO, que entran al ir á abrir la puerta Fengo. Estos personajes hablan animadamente con los que habia en la escena.

HORAC. (Con la espada desnuda, al Rey.)
¡Atrás!— (A Hámlet.)
Ahí le teneis! Matadle: es vuestro.

(Pausa. Hámlet permanece inmóvil. Horacio le interroga con la mirada, y Fengo se dirige al último, despues de observar al Príncipe y procurando dominar su agitacion.)

FENGO. ¿Qué es esto, Horacio?... ¿Qué quereis?...
HORAC. Que baje
del trono la persona
indigna del jurado vasallaje,
y que, vengado su sangriento ultraje,
ciña el príncipe Hámlet la corona!
FENGO. Para que, si á razon al fin te avienes,
por tí mismo á tu rey la restituyas,
yo la paso á tus manos de mis sienes.

(Entregando la corona á Horacio: éste se la da inmediatamente á Hámlet.)

HORAC. De ellas tan sólo puede ir á las suyas!
FENGO. (Aparte rápidamente á Horacio, cogiéndole de la mano y arrastrándole á sí.)
Tu energía me encanta, mas la creo
susceptible de empleo
que ahora mejor le cuadre.
¿Dónde está el hombre que mató á tu padre?
HORAC. (Con ira.) Yo no lo sé!
FENGO. ¿Nó?
HORAC. Nó!
FENGO. Pues yo le veo
desde aquí.
HORAC. ¡Qué decís? Pronto! Su nombre!

¡Que yo pueda matarle por mi mano!
¿Quién es ese hombre?

FENGO. Ese hombre
¡es Hámlet! (Alzando la voz y señalando al príncipe.)

HORAC. ¡Quién? El príncipe! Mi hermano!
Nó! (Rechazando noblemente la idea.)

HÁMLET. (Adelantándose.) Sí, Horacio, yo soy.

FENGO. (Con sorpresa y alegría.) ¡Él lo confiesa!

HORAC. ¡Y él me hizo de matarle la promesa!

HÁMLET. Horacio, la promesa está cumplida.

FENGO. Aún se burla de tí!...

HORAC. Yo pondré freno
á sus burlas quitándole la vida!
(Yendo á atravesarle con la espada: Hámlet le detiene el brazo.)

HÁMLET. No es necesario: moriré en seguida.
He bebido un veneno,
y ya su influjo me devora el seno.
(Horacio se aparta horrorizado.)

FENGO (Con júbilo.) Ah!...

HÁMLET. (Presentando al Rey la copa de Polonio y arrojándola despues.)
El veneno es la perla que he arrojado
aquí, que juntos hemos apurado.

FENGO. ¿Qué dice!...

HÁMLET. (Friamente.) La verdad: Dios es testigo.

FENGO. ¡Favor!

HÁMLET. No huyas la muerte: va contigo.

FENGO. ¡Favor al Rey!

HÁMLET. (Llevándose la mano al pecho, y con serenidad.)
Es tarde.

FENGO. ¿No hay quien quiera
por mi vida mi trono?

HÁMLET. Já, já!...

FENGO. ¡Te ries!

HÁMLET. Por la vez primera.

FENGO. ¿Ni ante mi muerte cederá tu encono?

HÁMLET. Mi buen padre murió de esa manera.
(Cayendo en tierra.)

FENGO. ¡Ah!

(Dando un grito y saliendo por el foro.)

GUNHIL. (Dentro.) ¡Hijo!

HÁMLET. ¡Madre!

(Separando las manos que tenía sobre el pecho y cubriéndose el rostro con ellas.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y GUNHILDA, por la izquierda. Sale despavorida y queda inmóvil al ver á su hijo.

GUNHIL. Era cierto! El insensato
corazon lo dudó... ¡lo duda ahora!
(Arrodillada junto á él.)
Hámlet!... ¡Y yo la vida te dí, ingrato!
¿Qué has hecho de esa vida? ¡Habla!

HÁMLET. Señora...
desechar una carga abrumadora...
huir un combate desigual y horrendo...
sacudir mis cadenas de cautivo...
y, pues desde el nacer vivo muriendo,
probar siquiera si muriendo vivo.
Ay! Se me rompe el corazon! ¡La calma
de la muerte no llega!

(Irguiéndose, apoyado en las manos, y como buscando algo con la vista.)

GUNHIL. ¡Desdichado!

HÁMLET. ¿Yo! ¿Por qué? Mi buen padre está vengado...
y ahora... el cuerpo padece... mas nó el alma.
¿Qué es un dolor al otro comparado?

(Pausa. Gunhilda solloza y cubre de lágrimas y besos el rostro de su hijo: éste la aparta dulcemente, y dice fijándose en Horacio, que llora apoyado en su espada, y llamándole:)

Quien todo por vengarse lo atropella,
no se abandona á un medio solamente.
(Con la voz cada vez más débil.)
Horacio! Cuida de mi madre... Ella
te probará... que su hijo... es inocente.
Toma... (Dándole la corona.)
Haz feliz... al pueblo... que te ama.
Yo... me voy con Ofelia... que me llama.

(Muere en brazos de Gunhilda y Horacio, que arroja la corona para sostenerle mejor, y cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

Á LOS ACTORES.

En el segundo acto del *Hamlet* de Shakespeare hay una escena, hermosísima por cierto, entre el príncipe de Dinamarca y los cómicos que han de representar en presencia del Rey *La muerte de Gonzago;* situacion sustituida en el presente drama por la historia de Astholfo y Basilio.

No he conservado aquella escena, porque no convenia al plan de mi obra; pero voy á imitarla aquí, permitiéndome, como Hámlet, dar á los actores algunos consejos; exponerles, por mejor decir, algunas ligeras consideraciones. Claro es que estas consideraciones no rezan con los actores que todo lo saben, ni con los que todo lo adivinan, lo cual es aún mejor, porque la ciencia, hija del hombre, yerra á menudo, y la adivinacion, hija de Dios, siempre acierta. Tales actores son los ménos en España, lo mismo que en todas partes, y los dramas que alcanzan cierto éxito son representados por artistas de gran talla y por artistas de buena fe. El autor de una obra no puede generalmente (los hay que pueden) decir á un actor: «Esto se dice así, ó se hace de este modo»; pero nadie mejor que quien ha escrito una obra debe comprender, y comprende, la manera más oportuna y bella de interpretarla. Lo cierto es que á muchos autores (y sentiria que nos ofendiésemos con la comparacion) nos pasa lo que al burro del gitano, que sabia leer, pero *no pronunciaba.* Creo yo que al aclarar lo que por torpeza nuestra no aparece bastante determinado en el texto ni definido en las acotaciones, sin perjudicar á las eminencias, podemos ser útiles á las medianías.

Este drama (su autor lo ha procurado al ménos, y con toda su alma sentiria no haberlo conseguido) es, ántes que de enredo y de interés dramático, obra de caractéres, y no hay uno solo en él que no exija atento estudio, siendo quizá los que parecen secundarios tan difíciles de interpretar como los principales.

Hay en España algunos actores (afortunadamente son los ménos) que miden la importancia de los papeles por su tamaño, y su lucimiento por la simpatía que con ellos esperan despertar en el público; en una palabra, por la facilidad de su ejecucion. Ambas cosas son absurdas; y poco trabajo nos habia de costar demostrarlo, si la demostracion valiese la pena ó fuese necesaria.

En *El Príncipe Hámlet* los papeles de Fengo y Gunhilda no pueden ser representados más que por actores de talento é importancia; por actores respetables á los ojos del público. No es fácil, sin duda, sobre todo en el de Fengo, arrancar aplausos; pero, aparte de que todo verdadero artista

debe despreciar el premio baladí, que consiste en un poco de ruido, que se forma en el aire y en el aire se desvanece acabado de nacer, el público que no se halla dispuesto á dar muestras de agrado á quien está constantemente oprimiéndole el corazon, á quien es el enemigo, la amenaza viva de los séres que ama y no puede proteger el espectador, hace justicia siempre, y justicia durable, libre de esos arrepentimientos que casi toda impresion fuerte lleva consigo, al actor estudioso y modesto que se resigna á representar en un cuadro una figura poco airosa, pero importante y necesaria. Recuérdese que el inmortal Julian Romea se dió á conocer, de una vez para siempre, en el Glocester de *Los hijos de Eduardo*, papel que rechazó D. Cárlos Latorre y que no cede en lo repugnante á ninguno imaginado ni por imaginar.

Sobre esto de los papeles de traidor, y sobre la manera de interpretarlos, por lo comun, en nuestra escena, podria escribirse un tomo, sin el menor recelo, eso sí, de que lo leyera nadie. Un amigo mio, persona muy discreta é ilustrada, que ha viajado y visto mucho y es juez inapelable en materias artísticas, dice con gracia (y por desgracia con razon) que cuando la mayoría de nuestros actores interpreta un papel de esa índole, aparece diciendo al público con lo triste del traje, con lo peludo de las cejas y enmarañado de la melena, con lo feo, tétrico y repulsivo de la figura toda: «Yo soy el traidor... Ya lo sabes... No te fies de mí, porque soy un tuno de siete suelas, que te va á matar á desazones esta noche.» O lo que es lo mismo, todo lo contrario de lo que nos presenta el mundo real, de que el teatro aspira á ser imágen, y donde el hombre de bien se abandona ó distrae alguna vez que otra, pero el malo procura aparecer casi siempre como bueno.

Fengo — créanlo bajo mi palabra de hombre de bien, ciertos actores que han mirado con poca aficion á sujeto tan apreciable — es una persona jóven todavía, de claro entendimiento, de alma pequeña y valor escaso por consiguiente; pero expansivo en algunas ocasiones, y hasta audaz cuando cree poderlo ser ó lo juzga preciso para defender un pellejo de que no quiere desprenderse, quizá por ser recuerdo de su padre. Fengo es, tiene que ser (y su lenguaje bien lo manifiesta) un hombre agradable con sus puntas de bromista y sus collares de chancero, y su rostro no hay necesidad, ni áun conveniencia, de que sea tan espantoso como su condicion. La verdad es que Gunhilda se debió enamorar de algo; y el hombre que, con ser tan taimado y tan frio, obligó á una mujer, más ligera y vehemente que tonta ni malvada, á hacer las lindezas que quedan referidas, no sería, como vulgarmente se dice, costal de paja. (Hablo así para que los discretos me lean, de paso que me llaman extravagante, y me entiendan otros sujetos de inteligencia distraida é imaginacion perezosa.)

Vamos á otra cuestion. Quisiera yo que los actores que me hiciesen la merced de representar este drama, dedicaran particular ahinco á estudiar la escena XVII del segundo acto, entre el Príncipe y su madre. La considero de una dificultad suprema.

Gunhilda dice á su hijo:

Muy ofendido tienes á tu padre.

Y contesta él:

..... Muy ofendido
teneis al mio, madre!

Si el actor encargado de representar al Príncipe no pone toda su alma en el pronombre, y su alma no vale algo, no haremos nada de provecho. Hay que fijarse bien en la situacion del personaje.

En Hámlet han muerto todas las ilusiones, hasta los deseos legítimos y egoistas. Hámlet es, por decirlo así, un ciego que sólo tiene vista para distinguir un foco de luz. La idea de la venganza de su padre brilla en ese foco: en derredor todo es tinieblas. La Reina, humillada ante la grandeza del sér que nació de su propio sér, no se hace ilusiones sobre lo que ella es para su hijo; pero quiere, en lucha desesperada, reconquistar con palabras, con llamadas al cariño y al respeto, la dignidad y el prestigio de que la propia conciencia la despoja, como nadie y como nada, en el momento en que su hijo la recrimina. El respeto está siempre de parte del que lo merece, y la razon en quien la tiene: un hijo más respetable que su madre (y Hámlet lo es), será moralmente padre de su madre, autoridad para su madre, ante Dios, ante el mundo, ante ella misma, que miéntras más procure sacudir el yugo, más rendida quedará bajo él, á la manera del que siente hundirse sus plantas en barro, y los esfuerzos que hace para salir lo sepultan más y más en la blanda é implacable materia.

En el alma de Gunhilda está pasando un drama que el público no puede conocer á fondo, pero que la actriz debe hacer adivinar como se adivina la existencia de todo lo latente. Porque hay ocasiones en que tenemos una idea sin darnos cuenta de su existencia; sentimos, por decirlo así, la presencia, el peso y hasta el bulto de una idea: una frase ajena es la luz que ilumina y deja ver lo que ya teníamos en nosotros. En las décimas del segundo acto está todo esto expresado: estúdielas la actriz para recoger el espíritu de aquellas palabras y verterlo en las que ha de pronunciar en toda la obra, para justificar aquellos dos versos:

« Esa revelacion terrible y rara
todas mis dudas con su luz aclara. »

Otra advertencia relativa á la misma escena de madre é hijo. La mujer ha olvidado (y bien se comprende) ante lo principal, ante la revelacion del horrendo crímen á que se ve ligada, el peligro de la presencia de Fengo: la madre lo recuerda ante el que, por esa causa, corre su hijo, á quien desde aquel momento quiere ya sobre todas las cosas de la tierra, brillando el amor maternal en el alma extraviada, pero no corrompida, de aquella mujer, como el sol en el cielo al rasgar las nieblas despues de un dia tempestuoso.

El actor encargado del papel de Hámlet debe fijarse... debe fijarse en todo, naturalmente, porque la obra es suya y gira en torno de él. Cuidará, entre otras cosas, de no exagerar el llanto que en distintas ocasiones le acude á los ojos, y procurará distinguir y destacar los matices de cuatro versos que tiene en el primer acto, escena IV.

¿ Llorais ?

le pregunta Ofelia; y responde él, llevándose las manos á los ojos y viéndolas llenas de lágrimas:

¿Es esto llanto?

no dando crédito á su debilidad. Piensa despues que le sobran motivos para llorar, y dice con amargura :

¿ De que llore te espantas?
¿Tú?... ¡Tú que decias quererme y no comprender la vida sin mi ?

Vuelve á reponerse y dice:

¡ Lágrimas en mis ojos !

rebelado ya con un último esfuerzo contra lo que le pasa; y vencido por el dolor y abandonándose á él, concluye:

No lo puedo impedir :
de algun tiempo á esta parte, etc., etc.

Los papeles de Ofelia, Horacio y Polonio, no exigen advertencias de ninguna especie: exigen corazon, y los actores que lo tengan los desempeñarán maravillosamento.

La sombra de Horvendilo, papel en que Shakespeare, autor y actor, horrorizaba á Lóndres, es un papel difícil, y que fácilmente puede resultar ridículo; su voz ha de resonar en el tablado como el eco de una voz humana... Pero si no ha de interpretarlo un actor de gran mérito (y los pocos que tenemos de gran mérito hoy en dia, no pueden entretenerse en hacer sombras), contentémonos con tres cosas. Sencillez en la expresion, decoro en el traje, y modestia en el aparato. El público rechaza lo poco ofrecido con presuncion, pero si se le presenta con humildad, lo acoge hasta con reconocimiento; porque el público, despues de todo y digan lo que quieran, es un buen muchacho.

EL AUTOR.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID. — Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de *Murillo*, calle de Alcalá, etc., etc., etc.

PROVINCIAS.—Corresponsales de la *Administracion Lírico-Dramática* de D. Eduardo Hidalgo, y de la *Casa editorial* de don Eduardo de Medina.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á la *Administracion Lírico-Dramática*, Sevilla, 14, principal; ó al *Sr. de Medina*, Colegiata, 6, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.